

EL MODERNISMO LITERARIO Y LAS IDEOLOGÍAS

Por CARLOS REAL DE AZUA

RESUMEN

Debe comenzarse delimitando el modernismo como designante globalizador de determinados trazos estilísticos, temáticos y de actitud vital en un lote de escritores latinoamericanos cuyo período creativo, juvenil y definitorio, transcurrió entre los años 1885 y 1905. Así estipulado, las implicaciones ideológicas que tal corriente comportó han merecido la atención, a veces central, a veces lateral, de críticos y ensayistas importantes (L. A. Sánchez, J. Marinello, J. Franco, J. J. Hernández Arregui, A. Rama, J. L. Romero entre otros). Si se trata de sistematizar y aun prolongar sus conclusiones, debe partirse de que actitudes personales, trazos estilísticos e insistencias temáticas pueden ser obviamente inferidas en su dimensión ideológica, especialmente si es que se es capaz de guardar las cautelas que impone el relativamente desfasado o por lo menos no siempre ajustado discurso de las formas artísticas y de los conjuntos representacionales de interpretación, valoración y justificación de la realidad histórico-social. Si de una implantación personal y grupal en ella se parte, cobra bulto la evidencia de que, extrañado de su pasada integración en las camadas dirigentes civiles tradicionales, y esto "pari passu" a un proceso de adensamiento y especialización sociales que le da conciencia de pertenecer a una incipiente pero bastante disfuncional "intelligentsia", enfrentado a la necesidad de profesionalización como vía de asumir algún rol y aun más modestamente de sobrevivir en un medio más duro y competitivo de lo que solía ser, el núcleo modernista se moverá entre posturas de estridencia y posturas de mimetismo, opciones libertarias y opciones autoritarias, conductas conformistas y conductas rebeldes. Valdrá la pena marcar que estas dos últimas implicaron una rebelión doblemente ambigua, primero, por cuanto en último término opera contra la modernización dependiente y a la vez nace de ella, es innovadora pero también tradicionalista, insurge contra beocias oligarquías de largo establecidas y contra las nuevas élites financieras y comerciales gerentes y muy a menudo las confunde; segundo: porque como en toda estricta rebelión, son muy equívocas —si es que lo fueron alguna vez— las alternativas deseables concebidas. Esa doble ambigüedad, tanto al plano personal como al social, confirmaría la inferencia de que las actitudes quedan en tales y todo desemboca a lo más en un "manierismo doctrinal" cuando no existen fuerzas históricas activadas sobre el que éste sea capaz de incidir y cualitativamente transformarse. Por otra parte, la operancia de actitudes y textos modernistas como legitimadores de situaciones de fuerza y represión social es hipotéticamente muy admisible pero puede desmesurar con fines de

incriminación personal lo que debe ser muy bien ponderado, esto es, la influencia de los productos culturales autóctonos en una sociedad latinoamericana, más allá del círculo de los mismos que los producen. En general, puede defenderse que la corriente modernista no desbordó por ningún contorno decisivo la ideología liberal-conservadora, socialmente burguesa en el sentido decimonónico del término, “crecientista” más que “desarrollista” y programáticamente mimética de los procesos nortatlánticos que peculiarizó a los sectores altos y medios de Latinoamérica durante el primer cuarto del siglo. Algunos barruntos de compasión y protesta social, de juvenilismo, de antimperialismo, integrarán, eso sí, la genealogía de los movimientos mesocráticos o populistas que se dieron en el continente entre las dos guerras mundiales y aun más adelante.

Aunque se les coloque en calidad poética junto a algunos barrocos y manieristas como uno de los dos momentos de pico de la línea literaria latinoamericana, los modernistas han sido, desde los años treinta, el objeto de una lateral, abrumadora incriminación. Más acá (o más allá) de sus peculiares excelencias fueron sus actitudes políticas, sus opciones ideológicas, su postura ante la vida y la responsabilidad del escritor las que desde su inicio mismo la crítica sociologizante de nuestra literatura (su “reduccionismo” implícito) vio cargada de las más siniestras latencias. A tal extremo esto ocurre que como lote, en verdad —hay alguna precaria excepción— se han acuñado en la antítesis de todas las posiciones que desde hace medio siglo todo miembro de nuestra “inteligencia” cree decoroso defender o aparecer haciéndolo. Sobre ningún grupo ha recaído tan abrumador dictamen y la misma poesía archicortesana del seiscientos se ve como fruto de una domesticación que era prácticamente imposible romper. A los modernistas se les niega el beneficio de tales compulsiones y esa negativa se refleja en una mayoritaria opinión de cuya justicia o injusticia pero, sobre todo, de la realidad en que se funda, tendré que ocuparme demasiado concisamente.

El tema de la delimitación del modernismo no es el tema presente, pero no puedo simular ignorancia de que esa cuestión existe y de que cualquier criterio que se adopte es muy capaz de influir en todas y cada una de las inferencias que el análisis alcance. Muchas escuelas y movimientos literarios están afectados por una gran latitud de contornos, pero pocos, de seguro, como el modernista y los modernistas lo están. (1)

La dispersión geográfica del proceso, la intensidad y brevedad de su manifestación son tal vez menos decisivas que la conmixión de modalidades en las que se ejercieron, a veces sucesiva y a veces incluso simultáneamente, muchos militantes de la escuela. Por otra parte, como pienso que el modernismo no fue una suerte de marca de tonsura imborrable que sus cultores hubieran de llevar hasta su senectud, no se me hace por ello forzado cortar muchos dilemas identificando un lote modernista, cuyas obras juveniles más definitivas, más o menos entre 1885 y 1905, asumieron con más nitidez que

otras determinados arbitrios técnicos, determinadas reiteraciones temáticas, determinadas tonalidades expresivas, dentro de una corriente más amplia de cosmopolitización y variadas fertilizaciones formales y doctrinarias; dentro también de un nuevo clima de deliberación, pulcritud y escrúpulo creativos. (2) Supongo que este criterio permite pasar sobre el complicado problema de un “modernismo estricto” y lo que cabría llamar un “modernismo rotular”, que tanto identificaría a todo el período como recubriría presuntas o reales diversidades entre un modernismo ortodoxamente entendido, la modalidad más ceñidamente “decadentista”, las variedades narrativas criollista y naturalista, un probable “mundonovismo” épico y profético y un “americanismo” ensayístico, discursivo y a veces semicientífico. (3) De acuerdo a estas pautas de recorte, supongo que sobrenada aún un conjunto de escritores – poéticos y prosísticos – cuyas obras ostentan en grado variable, pero siempre perceptible, determinados trazos. Creo obvio precisar ante Uds. que el material de análisis debe incluir entonces los textos de Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Chocano, Valencia, Díaz Rodríguez, Larreta, Gómez Carrillo, Nervo, Jaimes Freyre, Pezoa Véliz, Pedro Emilio Coll, Vargas Vila, Rufino Blanco Fombona, Roberto de las Carreras, Santiago Argüello y algunos etcéteras. Si de los considerados “premodernistas” o primera generación modernista hay algunos tan menos “pre” que otros hasta confundirse con los modernistas mismos, pienso que éstos son aquéllos que en sus obras aunaron a la innovación estrófica y lingüística profundas afinidades globales de comportamiento e implantación en el mundo con los que les siguieron. A los anteriores habrá que agregar así a Silva, del Casal y Gutiérrez Nájera e, incluso, algún trazo de Díaz Mirón, un ejemplar claramente marginal. No, aunque queda el debate, a González Prada ni a Martí. (4)

Hemos de preguntarnos, decía, si en tal núcleo literario y en los textos que produjo es indagable una ideología en el sentido cabal – no siempre el corriente – del término. Hemos de preguntarnos también si esa ideología fue específica del grupo o si se adscribe más bien a alguna vigente por esos años en el área latinoamericana.

No faltan, como es bien sabido, los que se han ocupado de los condicionamientos, las correlaciones y las consecuencias político-sociales e ideológicas del modernismo. Yo mismo he cuestionado más de una vez algunas imprecisiones de su planteo, pero no puede negarse en modo alguno al veteranísimo D. Luis Alberto Sánchez, y ello desde su *Balance y Liquidación del Novecientos* (1941), la tarea fundadora de este tipo de indagación, dentro, cierto es, de una óptica sostenida de incriminación fuertemente ética y personalizada y que maneja casi indistintamente los rótulos de “modernistas”, “novecentistas” y “arielistas”. (5) Tras él la lista es dilatada y Juan Marinello, (6) los argentinos Jorge Abelardo Ramos y Hernández Arregui, (7) Ángel Rama, (8) Jean Franco, (9) José Luis Romero (10) continuaron unos la postura incriminatoria de Sánchez o señalaron preferentemente los condicionamientos, las correlaciones y

el impacto sociocultural de un movimiento de tan fragorosa como corta vigencia.

Importante creo observar que ninguno de los nombrados sigue la proclividad de suponer el modernismo entificado y objetivado en un estilo o en una escuela que pudiera permitir una puntual y unívoca deducción ideológica. Tampoco, que yo sepa, recorre ninguno el camino inverso desde una supuesta y cabal ideología a una inferencia artística completa que sería capaz de expresarla. (11) Pero como en el clima intelectual de estos años la tentación de hacerlo es más que concebible, vale la pena recordar que hay muy sólidas razones para defender el modo relativamente independiente en que se mueve el discurso de las formas artísticas y las fórmulas ideológicas y aun las muchas incoherencias, inconexiones, desfasajes y contradicciones que este doble discurrir es capaz de generar. Existen, en realidad, muchas pruebas de que estilos y escuelas artísticas son, a menudo, ideológicamente ambiguas o, aún más exactamente, polisémicas. Pienso por mi parte que, además de las razones dadas, ello ocurre por cuanto siendo la operación literaria acción humana intencional que se moviliza consciente o subconscientemente hacia metas y valores, estas metas y estos valores pueden asumir muy distintas significaciones según sea el contexto personal o social en que se los concibe. (12) Si el tiempo diese, podría probar fehacientemente que aquellos que el modernismo propuso al ejercicio de la prosa y la poesía eran, también, preliminarmente multívocos, sean ellos el universalismo, el cosmopolitismo, el intenso personalismo y aun anarquismo creativos, la voluntad de invención, renovación y refinamiento verbales, lo “que se” dio en llamar el “idealismo”, la fuerte acentuación erótica, el evasimismo, el exotismo, la busca de situaciones límites en términos psíquicos o éticos, la abierta primacía dada a la belleza sobre todo otro valor. (13)

Si como pienso, entonces, la filiación escolástica no es capaz de dar cuenta cabal de la propensión ideológica del lote modernista, no quedaría, no queda otra salida que la de repasar empíricamente los rasgos más relevantes por su potencialidad de significación ideológica que sus textos y sus conductas presentan. Sólo desde ahí, sostengo, es dable verificar las ambigüedades y latitudes que ambos repertorios de señales contienen; sólo desde ahí partir para un juicio de consistencia de lo que como “ideología” pudieran valer.

Cosmopolitismo, idealismo “antieconomista”, elitismo, religiosidad, hispanismo, latinoamericanismo, antiyankismo, compasión social, culto del héroe, han sido identificados con variables índices de frecuencias y densidades en las obras y los comportamientos de los más connotados modernistas.

Muy brevemente recordemos para comenzar que todo un espectro entre la protesta más agria y la compasión más enternecida se puede marcar en muchas páginas modernistas (sobre todo en las páginas) ante el cuadro de explotación y miseria social que desplegaba una América Latina que algunos

conocieron bastante a fondo. Y aun sería factible en aquellas distinguir las generadas en una visión básicamente ingenua y casi preideológica, de otras, en las que opera visiblemente la fertilización anarquista o socialista de un pensamiento capaz de desnudar, aun precariamente, las más ostensibles estructuras económicas y sociales. (14)

Una nueva estimación del legado hispánico, en contraste con el general desdén del siglo XIX, fue vista como una de las mayores novedades en la actitud generacional. Muy especialmente gratificadora después de 1898, reforzó, como es tan sabido, el vasto prestigio peninsular de Darío y cimentó la dimensión transcontinental de una escuela cuya vertiente española dejó aquí de lado. (15)

Muy conexo con el hispanismo y coetáneo a él, conoció circunstancias solemnes de aseveración un rechazo de los Estados Unidos fundado variablemente tanto en su acción externa — de intromisión, de instrumentación, de explotación — en los países del sur, como en el desdén por los móviles y comportamientos economistas, utilitarios, predatorios, vulgares, turbulentamente democráticos (muchas comillas aquí) de su sociedad nacional. (16)

Prolongaron con brío y entonación distinta la ya entonces dilatada tradición de una común querencia de unidad, grandeza y autenticidad latinoamericanas; se sintieron muchas veces ciudadanos y aun soldados de ese conjunto “in fieri” y actuaron — aún sin demasiada consecuencia — de acuerdo a esa convicción. (17)

Se movieron (y esto especialmente en su etapa juvenil) entre una percepción original de su contorno espacial y las determinaciones que lo configuraban y un más habitual desentendimiento o extrañamiento a él.

Unimismándola o no con la proyección euro-norteamericana en el continente o percibiéndola más difusamente como el corolario de la plena formalización del capitalismo en nuestros países, adoptaron una postura casi oficial de denostación del proceso; más que visible es su malestar de formarse dentro de espacios sociales sometidos a un rápido curso de reificación.

En una actitud de abierto elitismo cultural y social rindieron culto a lo que variablemente encomiaban con los adjetivos de “selecto”, “raro”, “delicado”, “exquisito”, “refinado” pero sobre todo con el de “aristocrático” un término que para ellos aunaba, mediante un formidable poder recolectivo, todas las excelencias imaginables. (18)

Difícil es, paradójicamente, separar estas predilecciones (también las verían como “aristocráticas”) de otra, tan general como ellas, por los aspectos

visibles y sustanciales de lo opulento, lo esplendente, lo suntuoso, lo social y materialmente costoso.

Con esa pasión por la brillantez es lógico que exaltaran y aun hincharan las figuras de los reales o potenciales Héroes que de lejos o de cerca creyeron identificar; difundieron en sus primeras definiciones cívicas el reclamo por hombres nuevos, civiles y limpios, contra las viejas y tradicionales rémoras sociales que representaban las castas oligárquicas y las castas pretorianas entre las que se bamboleaba el gobierno de sus propios países. Lo que quiere decir también que, en la medida que los males que sufrían sus pueblos los acuciaban, pusieron en la excelsitud y en la acción personales —no en fuerzas, grupos, clases o equipos— cualquier esperanza de remedio. (19)

No es inseparable de esta recurrencia al azar feliz —a medias crédulo, a medias desconfiado— la forma en que retomaron los modernistas la tradición religiosa latinoamericana, tan soterrada entre los intelectuales de las últimas décadas del XIX. Pero en esta opción contra el unidimensionalismo laico y positivista obraba también el difuso idealismo y aun el difuso irracionalismo que tantos fuelles alimentaban.

Me parece que sería una postura extremista decir que todo esto sea siniestro. Pero cuando llega el momento de mirar lo que alguien llama “the bill of particulars”, los equívocos se sueltan como los vientos en el pasaje virgiliano. Muchas verificaciones han sido muy insistidas y son por ello fácilmente abreviables.

Chocano justificó su adhesión a un denostado dictador guatemalteco en cierta inicial propensión populista y antioligárquica que él, por lo menos, advertía y coincidía con sus primeras posiciones peruanas. En puridad, siempre dijo preferir a los tiranos personales sobre las “tiranías colectivas” que las oligarquías importaban y aun a cualquier “demagogia” que él veía vacua y dañina “per se”. (20) Pero la preferencia por los jefes respecto a una opinión pública cuya inconsistencia, cuya irrealdad tan bien conocían, fue una opción casi unánime del núcleo modernista. Y aunque regularmente la explicaran motivaciones muy claras de craso interés personal parece justo reconocer que en otras oportunidades pudo pesar el arraigado individualismo esteticista que casi todos profesaban. (21) En otras, previsiones razonadas e incluso sinceras (22) y en otras, las más, envolventes influencias doctrinarias que iban desde la boga de Nietzsche hasta el aire general de revisión de las certidumbres democráticas, racionalistas y progresistas que desde Europa respiraban (y aun puede pensarse que respiraron deleitosamente). (23) Preferían, es cierto, los mandamases con encanto: “autoritario” y “meliflua” son los encomios yuxtapuestos que Darío hizo de la palabra del por tantos motivos respetable presidente Balmaceda; (24) otras veces ninguna cresta era necesaria, pues en ellos mismos (de los poetas hablo) toda gracia se investía en términos de estricta

paridad con la pesantez del poder: por la espada y por la lira, por César y por Orfeo discurre el quehacer de la historia. (25)

Ninguna de las bellezas del poder les era en verdad indiferente y ello se percibe en el tantas veces vocalizado rechazo de la acción norteamericana en nuestros pueblos y de los elevados costos culturales de una sociedad muy competitiva. Pues en verdad, si se rastrean los arbitrios que concibieron para enfrentar tanto el proceso de absorción directo como el proceso de imitación, se tiene el más generoso y aun el más contradictorio registro de políticas. Tratar a los Estados Unidos como enemigos era una cosa, tratarlos como complementarios era otra. ¿Imponían la réplica ofensiva, la competencia pacífica o la alianza? ¿Precavían contra una total imposición de los intereses europeos, entonces tan ofensivos, o estaban asociados a ellos sobre un denominador común que nadie identificaba muy bien? ¿Si eran “peligro” no eran también “lección”, también “modelo”, (26) “memento mori”? Todas estas alternativas se las plantearon y a veces se las respondieron las mismas gentes, no siempre sucesiva sino, incluso, simultáneamente. Y aunque nadie se haya preocupado mucho de los otros ni se cortocircuiten tanto las variaciones, no constituye un caso solitario de volubilidad el tan subrayado de Darío. (27)

No existían entonces doctrinas del “desarrollo pobre” o “autónomo” ni a los modernistas les hubieran placido, pero no creo aventurado suponer que para que las posiciones ante los Estados Unidos resultaran más unívocas debería haber sobrado un componente de gran persistencia en la mentalidad del modernismo. Me refiero a su adoración, de raíz vitalista, por todas las señas del poder material y social, por toda fuerza de irreplicable contundencia que se ejerza sobre las cosas y los hombres. Estos críticos del economismo burgués y del síndrome fenicio dejaban de serlo cuando, en brazos de la ley dialéctica de transformación de la cantidad en calidad, el Oro soportaba hacerse metafísica (Reyles), merecía cantos (Darío), se desplegaba en las ferias ubérrimas que provocaban los centenarios nacionales (Lugones), se hacía sangre de héroes capaces de ascender al cielo mítico (Darío) o abría la vía a trabajos heracleos como los del canal de Panamá (Chocano). (28)

Si bajo estos jubilosos productivismos y cuantitativismos se filtraban así los valores del Enemigo, (29) se advierte también que difícil era oponérseles en base a un proyecto defensivo tan vagoroso como el de Latinoamérica lo fue para los más connotados modernistas. Y es que a veces se siente que América Latina era para ellos poco más que un ámbito mayor y más respirable que los asfixiantes alvéolos nacionales, un espacio más apto para recoger sus ecos y generar los debidos aplausos, las efusiones verbales a compartir con gobernantes y colegas. Más prácticamente, asimismo, una suerte de similitud ensanchada que permitía, por serlo, saltar del favor de uno a otro gobernante como si siempre se fuera de la casa. (30) A nivel más objetivo, en términos de pretender una mayor consistencia, lo que más generalmente se advierte es una concepción de la entidad latinoamericana como una especie de

molde a llenar o, en otra imagen, de taracea a componer con los diversos ingredientes europeos contemporáneos. Los dos sustratos fundacionales indígena y español no pasaban muchas veces de su condición de trasfondos decorativos sin mucha mayor función que justificar el orgullo de lo diferencial, que dar la pizca de condimento para lucir la originalidad deseable y ya estipulada. (31)

No sé hasta qué punto haya sido percibido que la índole factual de los anteriores elementos no fundaba idóneamente esa identidad, cuya esporádica busca fue evidentemente una elogiada aunque descaminada empresa generacional. ¿Debía basarse la oposición de los dos bloques contendores y supuestamente homogéneos en el tan ambiguo “desinterés”, en un “idealismo” genérico o en su especificidad “quijotesca”, en la tradición latina, en la hispánica o en alguna propia y rescatable? Me parece que lo muy eterealizado de cualquier proyecto histórico que se concibiera se estimaba como tocando tierra con la invocación a la “Raza”, por mucho que se caiga aquí en el tembladeral de conceptos más anchos de toda la cultura latinoamericana de entonces. Una latinidad amamantada por la Loba, otra reverdecida desde la luz de los ajenjos en la “cara Lutecia” y una tercera versión racial hispánica compartieron, sin molestarse demasiado entre sí, las apetencias por dar una vertebración consistente a la deseable identidad latinoamericana. Y aun los respaldos de solidaridad y poder que se sentían urgentes se buscaron de este modo tridentino. (32)

Que tales presunciones también dignificaban con buena conciencia el latente blanquismo de los niveles altos latinoamericanos es evidente, pero el recoger los erizamientos epidérmicos de las minorías de tez más clara se cohonestaba aún mejor con el racismo biologista que venía incidiendo en el pensamiento americano desde el romanticismo y que dictaminaba en los pueblos sajones, blancos, europeos, germánicos o caucásicos — así variablemente se les llamaba — el “herrenvolk ” mundial del futuro. (33)

Duro y racista este pronóstico, se sitúa de cualquier manera en las últimas estribaciones del optimismo del ochocientos. Ahora bien: presumo que si a nivel existencial y vital el pesimismo de algunos modernistas no difirió en grado apreciable del pesimismo romántico, otro tipo de pesimismo — el histórico, el social — se marca en las obras maduras de los integrantes más avisados, más cosmopolitas o de vida más larga de la escuela. Su explicación no es fácil y sólo aventuro que pueda ser simplista explicarlo como la estricta determinación de un subconsciente de capa o grupo social amenazado en sus posiciones, según una norma interpretativa que ha venido a convertirse en un peligroso y engañoso estereotipo. (34)

¿Se temía por la estabilidad, por la identidad de un mundo en el que en verdad ellos, los poetas, los artistas, los escritores no habían sacado las mejores suertes pero sentían de algún modo indeglosables de su vida y de su creación?

Dejo la cuestión abierta y sólo recuerdo que ya había en Silva la previsión horrorizada y a la vez irónica de una explosión de los hambrientos del mundo, de una vislumbrada “zoocracia”. (35) Fue sobre todo, empero, a través de los textos de Darío posteriores a 1900 que se expidió con más relieve una visión muy aprensiva de un curso histórico-social crecientemente caótico e hirviente, decadente y a la vez brutal, desgarrado por conflictos irreconciliables y por irreparables injusticias. (36) Entre ellos se vieron desde entonces amenazados (pues el tema está lejos de secarse) los más estimados valores y quehaceres, los más confortables invernaderos de la cultura. Entre los ministerios de esa conjura el de la impronta del dinero era ya antiguo; antiguo también desde el liberalismo doctrinario y desde Tocqueville lo era el tema del despotismo factible de las masas. Más nuevo resultaba el de la fuerza a la vez bárbara y superorganizada que como rol le tocó desempeñar a la Alemania guillermina desde los años noventa. (37) Y nuevo también el de la violencia irreverente y destructiva del anarquismo de acción y sus tácticas terroristas. “Sordos ímpetus” de “algo fatal”, el “apocalíptico Anticristo” de la revolución marcaba el sismógrafo del Darío inmerso en el tumulto europeo, asomando su pezuña en “el hampa que sacia su canalocracia en burlar la gloria, la vida, el honor”, en la “tea” y la “daga” de los que “apedrean las ruinas”. (38) Si todo esto suena a presagios de máxima, una actitud práctica — como siempre lo hacen — tendían a fomentar, y ésta no era otra cosa que la pasividad. Una pasividad asesorada por un dictamen informe pero bastante unívoco sobre el peligro y la inutilidad de toda acción de reforma social pugnada por la violencia y aun por todas las otras vías en que habitualmente se articulaba. (39) Del famoso anarquismo de algunos modernistas ya se ha señalado más de una vez que — muy lejos de la línea kropotkiniana — fue en sustancia un soberbio yoísmo exhibicionista que extendía su desdén a todos los sectores sociales. Pero no fue sólo en ellos que los arrestos de solidaridad y simpatía social por los niveles más desprivilegiados se resolvieron, incluso desde el principio o en la reflexión o en concebir arbitrios de tipo estetizante y ruskiniano. (40)

¿En dónde se generaron estas posiciones, estas proposiciones, estas omisiones, tan obvia e ideológicamente cargadas? Más acá de la suscitación libresca, tan poderosa en la cultura latinoamericana que pudo fomentarlas y que indudablemente lo hizo ¿qué fue lo que las prolongó hasta ese paisaje de ideas y comportamientos que ha dado lugar a la corriente de incriminación dominante? Y aun algo que importa más: ¿qué fuerza las ensambló, pero de modo tan débil, tan lleno de contradicciones que hizo imposible — junto con otros determinantes — que alcanzaran la estatura de una ideología cabal?

Creo que la implantación originaria de los modernistas en sus respectivas sociedades, el abanico de funciones que desde ésta se abría no lo esclarece todo pero debe ser, de cualquier manera, el punto de partida del intento. Siempre, en especial, que se tenga en cuenta que ese enclave social básico no dibuja un campo cerrado a experiencias más particulares ni tampoco a otras más generales, ni a esos prestigios ideológicos de la época, ni a

tradiciones intelectuales a las que ya hice ocasional referencia. Menos todavía, a esa proclividad de la “inteligencia” a darle alcance universal a los valores que manipula y a conductas y preferencias de grupo cuyo recuento no es prescindible.

Como se ha dicho ya muchas veces, la promoción más auténticamente modernista surgió en una etapa histórica latinoamericana en la que la estabilización política lograda en algunas naciones mayores, los lucros retenidos “in situ” del crecimiento “umbilical” o “hacia fuera” y el desarrollo urbano de ciertas capitales promovieron una perceptible europeización material en las cúpulas de la estratificación social y en los niveles medios. Una nueva burguesía local, de origen inmigratorio (aunque ya algo lejano) y enriquecida sobre todo en la actividad comercial, se ensanchó con pocas soluciones de continuidad y aun sin firmes distinguos a un esbozo de “burguesía gerente” empresario-bancario-financiera y agraria, vinculada a la extranjerización de la propiedad de los sectores productivos, la especulación y las concesiones del Estado en términos de tierras, subsuelo y transportes. Correlativo al ascenso de estos dos (o un) sectores, se marcó la decadencia de los viejos patriciados civiles y letrados, por mucho que algunos de sus integrantes sobrevivieran airoosamente en la actividad profesional y en el liderazgo político. Desde este cuadro tan sabido debe pasarse ahora a que el fenómeno regular fue el de que el intelectual y el escritor de mitad del siglo y aun del cuarto que siguió se había integrado con relativa facilidad, ya fuera por “droit de naissance” ya por “droit de conquête”, a ese remanente patriciado doctoral y letrado que retenía todavía importantes posiciones. Había sido bastante fluida la cooptación para él desde el nivel medio y aun desde sectores más bajos a través del ámbito identificador de las reducidas promociones universitarias y tratándose como se trataba de sociedades de tan reducidas élites dirigentes que cada uno de sus integrantes se hallaba sometido a una dispersiva y aun opresiva multifuncionalidad (41) (algo que explica, como es natural, una corriente de continuas adscripciones). Si en términos de poesía y literatura se piensa, esta multiplicidad sólo permitía condiciones de labor que daban carácter esporádico y casi siempre fragmentario a buena parte de la producción: las obras más ambiciosas y maduras resultaron casi siempre fruto de cierto heroísmo y aun de cierta excentricidad a la vida pública que no era común pero que podía darse en algunos dilatados lapsos de exilio político. (42)

Otra y muy distinta va a ser la condición de los escritores de la promoción modernista, muchos de cuyos integrantes o no pasaron por la universidad o lo hicieron fugazmente. Originarios buena parte de ellos de los sectores medios tradicionales pero ahora extrañados a los verdaderos círculos de conducción nacional, abocados a abrirse paso y a sobrevivir en un mundo mucho más áspero de lo que hasta entonces había lucido, se ha señalado como casi todos ellos se sintieron más o menos engranados y sujetos a un mercado de demanda y oferta literarias que impuso a una parte de ellos la faena periodística regular y hasta abrumadora e incluso promovió, como en el caso de “la

crónica", nuevas estructuras de mensaje literario. Que este proceso de especialización, diversificación y adensamiento sociales — que incluso esta autenticación de un curso de las letras que antes era poco verificable — fue visto por casi todos los afectados por él en forma peyorativa, aun como inminencia esclavizadora (43) parece fuera de duda, en tanto resultan muy inseguros todos los ulteriores pasos de un discurso reflexivo que no podía quedar en tal juicio. Porque es difícil, en puridad, saber en qué antítesis a la condición indeseada del mester periodístico o de la formalidad burocrática concibieron los modernistas su mejor, su aspirable destino. Pudo ser la condición del señor letrado medieval o renacentista económicamente independiente, que Silva buscó en rescates algo descocados, Chocano por medio de especulaciones financieras y que Larreta y Díaz Rodríguez disfrutaron. (44) Pudo ser la de "eminencia gris", o primer ministro, o Goethe de algún Weimar tropical, junto a un dictador benévolo. Pudo ser la de protegido por algún Mecenaz generoso y sin tareas de tanta responsabilidad: por lo menos Darío entrevió alguna vez así su destino. (45)

Tampoco es más fácil establecer a qué sector preciso de la estructura social apuntaba (si es que a alguno apuntaba) el ya referido rechazo modernista al proceso de reificación y despersonalización que el capitalismo que irrumpía estaba promoviendo. (46) En ocasiones podría creerse que la implicada era una avarienta, estólida y muy tradicional burguesía nativa. (47) En otras, toda la cúspide dominante y dirigente consolidada, incluida en ella la porción letrada y política, con muy contadas excepciones — las más de ellas tácticas — por ciertas figuras. (48) Atisbos hay asimismo de un rechazo especialmente enfático a los nuevos sectores advenedizos, "fenicios" y "rastacueros", en nombre de un orden tradicional ya idealizado. (49) Muy a menudo también el actor exorcizado es el burgués genérico como categoría cultural de quien "piensa bajamente" (Baudelaire) o "no comprende nada". Más probable es todavía que la contundente percepción de un mundo dominado por el dinero no haya hecho distinguos muy precisos y entonces aun más trabajosos de lo que todavía hoy son. (50)

Lo indudable es que aquel conjunto de creadores en el que la querencia de actualidad, de universalidad y de intensidad de vida había dado un verdadero salto cualitativo respecto a todo lo precedente, sintió casi sin disidencias la irrespirabilidad de sus ambientes y la urgencia de otra acomodación. Los testimonios sobre la "asfixia del medio", según el tema se estereotipó, no faltan. (51) Si esto se admite como auténtico — y no hay razones de peso para no hacerlo — el impacto convergente del intenso individualismo, de la falta de todo horizonte histórico para una seria acción colectiva, la espantosa fragilidad de algunas que se ensayaron, la caída general de nivel de una ética introrregulada que la "época aluvial" registró, la misma abundancia de coonestaciones que a mano estaban para cubrir cualquier conducta (52) explican de modo más que abundoso el drástico descenso moral con el que nuestra primera "inteligencia" desarraigada comenzó a andar. Desde esa conjunción de determinaciones se despliegan el escapismo, el conformismo, el

proteísmo, el exhibicionismo, los gestos de fútil rebeldía que la postura incriminatoria le ha señalado. (53)

Muchos anillos faltan en este proceso discursivo para que pudiera llegarse con total seguridad al capítulo de las conclusiones. Pero como éste ya urge déjeseme aseverar que, por todos los motivos antedichos, es prácticamente imposible sostener que la obra y la acción modernistas hayan conformado en alguna medida una “ideología”, esto es: que el contenido representacional que ellas contienen fuera capaz de desempeñar las funciones cognitivas (o interpretativas), estimativas y normativas que una ideología cumple. (54) Cuando más, y eso con el refuerzo lateral del “arielismo”, pudo alcanzar a significar una sub-ideología de elevado nivel axiológico y expresivo pero no más (sus alcances cognitivos eran casi nulos), con curso dentro del grupo generacional y social en el que tuvo bullanguera aunque también pasajera boga. (55) Sustancialmente, los ideales modernistas (de éstos sí puede hablarse) se movieron dentro de la bastante laxa ideología liberal-conservadora que los sectores altos y medios latinoamericanos recibieron prácticamente hecha del ochocientos europeo. (56) En este compuesto, ya de por sí poco estructurado, las posiciones modernistas introdujeron variantes de desigual disonancia (juvenilismo, antieconomismo, latinoamericanismo, hispanismo, antiyankismo), las más de ellas localmente suscitadas. Que aun con estos aditamentos no llegarán a formalizar una ideología es mi insistencia, y ya parecerá abundar en exceso que subraye tres motivos básicos.

Primero: porque a despecho de vulgarizaciones, cualquier conjunto de creencias, ideas o representaciones no importan por sí “ideología” (y aun su antónimo “utopía”) si no cumplen mínimamente con las funciones antes mencionadas, por lo menos respecto a una faja del espectro de la realidad humana y social que ha de tener sustancial anchura.

Segundo —y es el caso modernista— tampoco se articulará una ideología de no existir la fuerza histórica social que la reclame con ansia y hasta con imperio al estimarse menesterosa de expresión, valoración y legitimación. (57) A este no poder ser los “funcionarios de la ideología” de alguna clase o sector social que la demande con ciertas condiciones de “especificidad, autoridad y coherencia” (Apter) debe desglosarse, como el más grave, la falencia en llenar el tercer requisito.

Tercero: creo haber subrayado lo suficiente las contradicciones, ambigüedades y latitudes que obran en los supuestos ideatorios del modernismo. (58) En verdad, el tema de la incoherencia ideológica es un punto demasiado importante e inexplorado como para ser indagable aquí y sólo señalaré que, entre otras manifestaciones, la incoherencia y aun la insolencia (es decir, el no responder a las realidades básicas a cohonestar o a contestar en un tiempo social dado) se resuelven frecuentemente, (59) y tal vez esto ocurre en el caso de cada modernista importante, en una especie de “manierismo

doctrinal” capaz de ser armado con el conjunto de juicios y proposiciones que aquél realizó. Es decir: “lenguaje de actitudes” y no “lenguaje referencial” — todo lenguaje ideológico los aúna — según el famoso distingo de Ivor Richards. (60)

Respecto al contexto doctrinal más amplio a que hacía mención es probable que las posiciones modernistas hayan operado dentro de él según tres maneras principales:

1) Cohonestaron en la cierta medida — sin duda no desmesurada — que su prestigio alcanzó, las posturas y actitudes menos articuladas, menos confusas aunque efectivas, que tras el telón ideológico ostensible muchos adoptaban. Creo que a esta categoría pertenecen la convicción elitista, las reservas a la deseabilidad de la democracia, los gestos de desprecio racista, la insistencia en la positividad de todo lo estimado como “aristocrático”.

2) Ornamentaron con alguna conglomeración lúcida — y fue el caso del “arielismo” — la condición más bien rutinaria y exangüe del liberalismo y el conservatismo ochocentistas y su conmixtión occidental posterior a 1830, especialmente en su versión franco-británica.

3) Despertaron o removieron latencias que abrieron esa sistematización ideológica o prolongaron desde ella otras cadencias, otros elementos capaces de fertilizar compuestos ideológicos posteriores, de la índole de los radicalismos mesocráticos posteriores a 1915 y aun a 1940. En ese rubro deben incluirse los rasgos de compasión y protesta social, el juvenilismo, el incipiente rechazo de los valores burgueses y un latinoamericanismo y un antiimperialismo que cobrarían mayor contundencia y firmeza doctrinal (no siempre más amplitud de apelación) al determinarse en otros factores y al fijarse diferentes metas.

Mucho más imprecisa creo en cambio la medida en la que determinadas actitudes modernistas pudieron alentar y prestigiar a los movimientos nacionalistas de derecha o parafascistas latinoamericanos de los años 30 y 40. Mi opinión es la de que, salvo cierto empleo de la parafernalia hispanista y mesiánica de Darío en el nacionalismo católico de México, Centroamérica y la Argentina; salvo también la participación de Lugones en la etapa de las “legiones” del profascismo uriburista (1929-1935), esa influencia, en términos globales, fue muy débil. (61) Y si al caso de Lugones se hace referencia, vuelvo a recordar que el modernismo no fue una marca de tonsura imborrable, una clase que explique las actitudes de un escritor hasta el fin de su vida. Por el contrario, todo lo examinado aquí no sólo debe perspectivarse desde la naturaleza social relativamente desarraigada que la “inteligencia” latinoamericana iba adquiriendo sino — y muy en especial — desde las características de los fenómenos esencialmente juveniles y aun desde su insanable volubilidad. (62) No sólo el conglomerado arielista sino todas sus expresiones coetáneas deben visualizarse como expresión de una juventud intelectual y universitaria no

trabajadora manual y también relativamente desclasada, al no estar sometida — según va ocurriendo crecientemente en las sociedades actuales de alto desarrollo (63) empero ya lo hacía en el 900 en grado perceptible — a las constricciones y determinaciones de un rol social propiamente dicho; al no estar, en suma, comprometida sino por la a veces resistida mediación familiar, con “la vida” y con el “statu quo”. (64) Permítaseme marcar todavía que el universalismo esencialmente gaseoso que tal condición facilita no es exactamente la universalización eficaz que toda ideología plenamente tal requiere. Otros tiempos hay — digo todavía — en los que la definición juvenil se hace compromiso mucho más serio y menos revocable, pero esos tiempos todavía estaban muy lejos de los que los modernistas vivieron.

Carlos Real de Azúa

Montevideo, 22 de marzo de 1977

NOTAS

(1). En el caso del Modernismo se abre la opción entre: a) las características tan genéricas e incluyentes que son inmanejables a los efectos del estudio, tipo las famosas de Onís (“renovación de las letras y del pensamiento” en el área hispánica e hispanoamericana desde 1885) y de Juan Ramón Jiménez (“movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza”); b) las tan obviamente parciales que obligarían a dejar de lado mucho modernismo identificable, caso de las de Díaz Rodríguez como “primitivismo y misticismo” (en *Camino de perfección*) o de Santiago Arguello: “reacción contra la impasibilidad parnasiana y la bajeza naturalista” hacia el “subjektivismo”, el “idealismo” y el “impresionismo” (en *Los modernistas*); c) las relativamente taxativas y abarcadoras (ambas en base a cinco elementos) de Rufino Blanco Fombona: refinamiento verbal, culto a la belleza, exaltación de la sensibilidad, rebeldía y pesimismo, o de Raimundo Lazo: individualismo, subjektivismo, libertad; idealismo, escepticismo, etcétera; esteticismo, cosmopolitismo, pesimismo (libresco y vital). Sobre las definiciones del modernismo, el estudio de Luis Monguió, en *Revista Iberoamericana de Literatura*, N° 13, noviembre de 1943.

(2). Pese a lo muy sabido del punto no me parece del todo ociosa la siguiente lista de rasgos para mí relevantes: 1) busca de la máxima originalidad, autenticidad y personalización de la obra; 2) la “voluntad de belleza” como un valor aislable y cimero, relativamente unívoco, merecedor de un culto particular y exaltado; 3) la postura adversa a cualquier realismo ingenuo y literal y a todo lo práctico (“insignificante”, “mediocre”, “trivial”, “despreciable” en José Asunción Silva, *Prosas y versos*, Madrid, EISA, 1960, págs. 91-92) — y todo lo que sigue identificado con “la poesía”, en nombre de la sobrerrealidad, o el sueño, o el misterio, o la fantasía, o el “idealismo”, o la complejidad de la percepción, o la “espiritualidad”, o la eterealización de lo real al verse a través del arte, o la subjetivización por la visión impresionista y aun a veces una deliberada voluntad dualista en representar “los aspectos precisos de la realidad” y “las formas vagas del sueño”. Silva, *op. cit.* p. 57; 4) la curiosidad y el atractivo por las

“situaciones-límite” — sensoriales, psíquicas y éticas — en nombre de la deseable profundidad y originalidad de la experiencia, la veta “decadentista”, el gusto por lo degradado, morboso o crepuscular, “la crápula del alma” y “la crápula del cuerpo” (Silva, *op. cit.*, *El extraño* de Carlos Reyles, “Sin razón pero cansado”, de H. Quiroga), la simbología de lo religioso y litúrgico en función erótica, la exacerbación de la sensualidad, etc.; 5) el encomio y el regodeo en lo “selecto”, lo “refinado”, lo “exquisito”, lo “aristocrático” y en sus señas materiales; 6) el exotismo, o la nostalgia y el interés por culturas, ámbitos y temas muy alejados en el tiempo del aquí y del entonces; 7) la pugna por la perfección de la escritura poética y prosística enriquecida lingüística y sintácticamente por cualidades de eufonía, ritmo, relieve y color dentro de estilos personales que valoran como metas de calificación la sugestión, el matiz, la rareza, la levedad, la innovación de formas y estructuras (especialmente poéticas). No me parece en cambio convincente el pesimismo (relevado por Blanco Fombona y Lazo) como determinante caracterizador de primera fila. El pesimismo fue en el modernismo un legado romántico, hallándose inscrito como lo está en la peripecia estructural del yo en su momento de colisión con la realidad aniquiladora. Más concretamente venía de la última tradición romántica de Bécquer-Heine (caso de *Rimas y abrojos* de Darío, de *Hurañas*, de Roberto Sienra), aunque también de circunstancias personales de enfermedad e infortunio como en las vidas de del Casal y de Silva. Especialmente en del Casal se ha tendido a confundir como nihilismo y decadentismo modernistas, lo que fue esencialmente desilusión vital y tedio románticos. Tampoco le doy primer rango a la dimisión de la función ética, cívica y militante, tan fuerte en la poesía romántica; evidentemente hay un cambio, pero debe señalarse que la postura aristocratizante e impasible conviene en el modernismo muchas veces y muy extrañamente con definiciones de rebeldía y protesta social. La estipulación precedente del modernismo tiende a verlo así inscribiéndose como una manifestación más específica y reducida dentro de un movimiento más vasto de actualización, universalización (lo que se designa como “cosmopolitismo”), intensificación y personalización que marcaría durablemente la literatura latinoamericana futura.

(3). Esto ocurre especialmente cuando se identifica el modernismo con toda una época de la literatura latinoamericana, un rótulo capaz de cubrir de esa manera una diversidad de escritores que poco tienen que ver con él. La pluralidad de direcciones aquí señaladas no supone, por supuesto, una arbitraria independencia entre ellas; múltiples y variadísimas fertilizaciones cruzaron sus campos y constituyen un venero casi inagotable para la crítica monográfica. Dudas caben, además, respecto a la taxatividad de las modalidades señaladas. Respecto al decadentismo decía Pedro Emilio Coll (*El castillo de Elsinor*, págs. 35, 60) que lo que se llama tal “entre nosotros no es quizás sino el romanticismo exaltado por las imaginaciones americanas”. A su vez Ricardo Latcham sostenía la existencia de un “postromanticismo” que, por lo menos en Chile, “convivió decorosamente con el modernismo de Darío” (Paulus Stelingis: *Carlos Pezoa Veliz*, Santiago de Chile, Imprenta Nascimento, s.d., prólogo, pp. II). En realidad, y salvo a nivel de escritura, todo deslinde entre modernismo y romanticismo resulta extremadamente frágil. El modernismo fue, a cierto plano, prolongación de la postura antropológica del romanticismo —lo que explicaría tenaces prestigios como el de Núñez de Arce sobre del Casal y Chocano (Alfonso Escudero, prólogo a *Antología de Chocano*, en Austral, Espasa-Calpe)— a la que debería sumarse el nuevo rigor formal nacido de factores como la profesionalización, la variedad de influencias y aun el modelo Darío, suscitador y a menudo maleficio de innúmeras vocaciones. Otros, como Mariátegui, han negado el americanismo de Chocano, el más notorio de los “mundonovistas”, sosteniendo que su exuberancia y su grandilocuencia no son

americanas sino españolas (*Siete ensayos de interpretación...* Santiago, 1955, págs. 202-203). (A su vez Chocano habló de los modernistas como de un grupo que le era totalmente ajeno, “una cofradía de elogios mutuos” *Memorias-Las mil y una aventuras*, Santiago de Chile, Nascimento, 1940, págs. 118, 121). En puridad, el “tipo-ideal” que estipulo incluye escritores —no solo Chocano sino en ocasiones Silva— estable u ocasionalmente adversos al modernismo (por lo menos a nivel de las manifestaciones sino de la obra), divididos por innumerables antagonismos y odios recíprocos, lo que no es raro, ciertamente, en el gremio literario. Problema especial lo plantea el grupo de los “americanistas”, cuyas obras, temática y discursivamente, los colocarían bastante lejos del núcleo modernista. Pero si por su ductilidad en varios géneros coloco a Blanco Fombona en él también, debo marcar que otros —especialmente García Calderón, Zumeta, Arguedas, Carlos Arturo Torres e incluso Rodó (éste a pesar de su ambigua posición ante la escuela) parecen a la distancia los más encargados de hacer explícitas las opciones ideológicas que los modernistas más fluida y confusamente de alguna manera realizaban. Más todavía: puede afirmarse que los modernistas se vieron dignificados por el pensamiento americanista —de ahí el extenso prestigio de Rodó— mientras los americanistas aplicaron las técnicas y hasta los tics modernistas en las ocasiones en que se empeñaron (lo que en verdad no todos hicieron) en la “escritura artista”.

(4). Problema especial plantea la primera generación modernista, o precursora, o “premodernista”. Creo que, pese a ocasionales contactos, ni González Prada, ni Martí, ni Gavidia, ni Díaz Mirón participaron de la visión y la actitud modernistas, esto al margen (y se dirá que no es poco) de su renovación del verso y la prosa romántico-realistas dominantes aunque ya exangües. Principalmente en los dos primeros y más importantes, su raigambre, básicamente no trascendida, estaba en el romanticismo y el cientismo positivo y, en especial, en la combinación de ambos, si bien se dé, sobre todo en Martí, la convicción en la existencia de una esfera o mundo ideal, generado y crecido desde la entraña de la naturaleza y la realidad, según un famoso pasaje del *Ariel* de Rodó. Distintos a los nombrados son los casos de Gutiérrez Nájera, del Casal y Silva, por mucho que porten claros signos postrománticos, en particular los dos últimos. Por último señalo que también Díaz Mirón, de larga carrera literaria, porta algunos trazos modernistas, que como tal serán aludidos.

(5). Si bien dejando un conjunto rescatable de “calibanes”. Tal vez la síntesis de la posición de Sánchez esté en los dos siguientes pasajes: “El novecentismo brotó del confort y lució y luce como flor de invernadero. Su expresión y su ideario —su estilo— traduce alegría de disfrute, júbilo de vivir”. “Prefirieron lucir, brillar, gozar a sufrir y, sufriendo, desarticular la injusticia para reconstruir un orden nuevo” (págs. 16. 20 de *op. cit.*, edic. 1940, Santiago de Chile, Ercilla). Aunque me he ocupado del dictamen sobre Rodó y su influencia que el ya famoso alegato contiene, agregaré ahora que el fenómeno de un importante movimiento literario que nace del “confort” no es fácil de verificar y tal vez sea inverificable; que sostener que la tolerancia nace del mismo “confort” puede ser totalmente falso cuando el “confort” —y ello ocurre casi siempre— debe ser defendido contra meteoros que lo amenazan. Su insistencia, por otra parte, en los renuncios y traiciones (aceptación de embajadas, apoyo a mandones, etc.) de los modernistas seguramente pierde de vista lo mucho que de inauténtico aunque burbujeante puede tener el idealismo juvenil.

(6). En *Meditación americana* (1ª. edic., Buenos Aires, Procyon, págs. 12-14), Marinello reiteró en lo esencial la posición de Sánchez. Señaló que mientras la aspiración de

Sarmiento, Montalvo, Sierra, Hostos, Martí fue conciliar ancha universalidad y devoción a lo propio, el modernismo “nos empuja fuera del cauce oportuno”, “recodo fragante y descaminado” que “tomó (...) el falso camino de devoción irrestricta y deslumbrada por las formas vigentes de la Europa más culta”, etc.

(7). Interesantes resultan algunas observaciones de un ensayista argentino relativamente ajeno a los temas de historia literaria. Juan José Hernández Arregui en *Imperialismo y cultura* (Buenos Aires, Edit. Amerindia, 1957, págs. 71-72), registró algunos condicionamientos, correlaciones y efectos indiscutibles — entre ellos el después tan difundido de la alienación, el de la ambigüedad, etc. — del movimiento que califica como “lujo que la oligarquía agrega a su curiosidad de arribista de la cultura”, aun concediéndole aspectos positivos. Aspiración absolutoria y más superficial, rezando además con la que llama “generación del novecientos”, resultan las observaciones de su afín y conmlitón Jorge Abelardo Ramos en *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Edit. Amerindia, 1957, 1ª. edic., págs. 300-301.

(8). Ángel Rama en su estudio *Los poetas modernistas en el mercado económico* (Montevideo, Universidad de la República, 1968), realiza una indagación en profundidad del condicionamiento y determinación esenciales que significó la inmersión del lote modernista en un verdadero mercado de la oferta y la demanda literarias y la influencia que este fenómeno ejerció sobre nuevas formas técnicas y temas de la obra literaria misma.

(9). Correlaciones sociales, actitudes y comportamientos son los señalados en el planteo más cercano de Jean Franco: *The Modern Culture of Latin América*, 1967, cap. I, en el que se acuña además la feliz expresión de “rebelión simbólica” aplicable al movimiento.

(10). En el reciente *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, del recién fallecido gran historiador argentino, habla éste (p. 290) de “exquisitez”, más que “disconformismo” frente a las nuevas aristocracias del dinero y de “rastacuerismo craso”, poéticamente idealizado.

(11). Siempre es un peligro olvidar el hiato entre estilos e ideologías, lo que obliga a reinsistir en el fenómeno histórico de la pluralidad o ambigüedad ideológica de los estilos, señalable por caso en el neoclasicismo, absolutista y burgués alternativamente, y en el romanticismo, reaccionario y liberal sucesivamente. Pero también los movimientos ideológicos presentan latitud de correlaciones estilísticas, lo que ha hecho decir a Hauser que la Revolución Francesa se equivocó al elegir su estilo (*The Social History of Art*, pág. 635) pues “la exposición expresa de una concepción social puede combinarse con las más diversas formas estilísticas” (Hauser: *Introducción a la historia del arte*, Madrid, Guadarrama, págs. 52-53). Pero a la vez, para desglosar lo necesario el proceso de los estilos del de las ideologías, es oportuno recordar el margen de “lógica interna” que preside su desarrollo (ídem, p. 48) y el peso de las leyes formales tradicionales (ídem, págs. 58-59). Más en general, y esto no agota las razones de desfaseamiento, podría ocurrir que estilos e ideologías respondieran en parigualdad a algún determinante común y superior a ellos, según lo postulan posiciones de Dilthey, Whitehead, Sorokin, etc.

(12). Piénsese en la latitud de direcciones, de versiones que hay en el valor “orden” del Renacimiento, en el valor “grandeza” del Barroco, en el valor “libertad” del Romanticismo, en el valor “verdad” del realismo, etc.

(13). Los premodernistas, los modernistas y quienes los juzgaron vieron por lo general ligadas al cambio social la pretensión de renovar lingüística y sintácticamente el español. Mariátegui sostenía que González Prada percibió “el nexo oculto pero no ignorado que hay entre el conservatismo ideológico y el academicismo literario...” (*Siete ensayos*, cit. p. 191) y Darío, que hizo utilitarista y seguidor de Herosilla a su “rey burgués”, afirmó que el “clisé verbal”, “encierra el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad” (“Dilucidaciones”, parte III, prólogo a *El canto errante*). En general así se vinculaba la necesidad de remover un lenguaje y unas formas esclerosadas con ese factor de modernización que representa una mayor precisión y autenticación del sistema de comunicaciones sociales. Sin embargo es más que discutible, en especial desde las correlaciones entre neoclasicismo e ilustración, entre romanticismo y contrarrevolución, entre revolución y surrealismo y “realismo socialista”, que la relación entre corrientes de innovación literaria que impliquen la ruptura de estereotipos perceptivos y una real autenticación y flexibilización de la interacción de mensajes, que el vínculo entre movimientos de progreso o regresividad social y corrientes de innovación o academicismo literario tenga nada de unívoca.

La misma ambigüedad de consecuencias sociales es factible —como lo fue en el modernismo— cuando un movimiento artístico programa o racionaliza su diseño de acceder a otras zonas que las de la realidad más inmediata, táctica y sensible. El “idealismo”, como se le designaba, el sobre o superrealismo, etc., pueden traducir una voluntad evasivista a las opciones y definiciones que imponen el contorno, el momento, la misma peripecia humana, en nombre de algo más trascendente e importante pero al mismo tiempo menos riesgoso y sobre todo más cómodo. Pero puede también portar esa pretensión consecuencias explosivas sobre la imagen dominante del mundo, una multidimensionalidad liberadora y enriquecedora de dilatado impacto.

Algo similar cabe sostener frente a todo tipo de postura superindividualista, personalista o acrática que debe ser ponderada: su función disruptiva debe ser estimada ética y socialmente de arreglo a la naturaleza de las constricciones, o solidaridades, o conformismos sociales con los que se rompe y por sus mismas variantes (Mariátegui, por ejemplo, decía que el individualismo de Chocano no era un individualismo liberal sino jerárquico, al mismo tiempo insolidarista y admirador de la fuerza, la estirpe y el dinero).

Todas las posiciones de línea decadentista, el hipersexualismo, el esteticismo ético, etc., también son pasibles del dictamen de ambigüedad, pues igualmente pueden asumir una fuerte y explosiva incidencia de disrupción social que funcionalizarse a alguna variante de esa “permisividad represiva” de la que tanto se habla a partir de Marcuse.

No es para esta alegación de ambigüedad el hueso más duro de roer las tendencias exotistas y evasivistas, el cosmopolitismo de actitudes, el remotismo temático, la universalización de influencias y suscitaciones que, conjunta o desglosadamente, puede mostrar cualquier corriente artística y tanto exhibió el modernismo. Tradujo en éste, como es obvio, una incapacidad o un desdén por asumir artística y humanamente

los modestos pero incanjeables contornos de la propia existencia, especialmente los del período infantil y juvenil. Mostró un desentendimiento o una consciente deserción de los inescapables deberes que la circunstancia de cada hombre y cada sociedad impone. Señaló, además, la primacía que era capaz de alcanzar una visión literaria, sobreagregada, ni auténtica, ni directa, ni personal de la realidad, un especie de estereotipo vital y mental, asumido imaginativamente, prestigiado por el lustre de grandes nombres, respecto a cualquier percepción capaz de elaborar y asumir los elementos sabrosos e inéditos, o simplemente relevantes, que estaban en el entorno. Todo esto, bajo la reserva de que, en términos de facilidad y espontaneidad de la percepción, y ello por lo menos en las áreas más urbanizadas, la de lo occidental-común, la de lo europeizado necesitara un menos deliberado esfuerzo, menos “exploración” que la de lo nativo y específico. Todo esto, también, bajo la otra reserva de que, en sus primeras instancias y en el caso de Darío, toda esta actitud de decidida ajenidad y ultraapertura presenta más los trazos de una moda repentina, desafiante, fulgurante, que los propósitos de una dirección estable; algo así como un ejercicio de universalidad, información y ductilidad ostentada en una especie de desmantelamiento glotón de todas las exquisiteces que en la vidriera literaria se exhibían. (Interesante sería también el rastreo del por qué de la desilusión, o la atonía, o la reticencia a vivir directamente en el centro de y repositorio de todo lo anhelado, esto es París, en el caso de algunos “modernistas” pasajeros o estables: Quiroga, del Casal, Silva). Una postura de este orden, juzgada en abstracto, no atenta nunca contra el “statu quo” al no cumplir tarea de revelación alguna de las estructuras en las que éste se basa y concurre, incluso, a favorecer el presunto universalismo de las ideologías en las que ese “statu quo” se legitima y que los sectores más beneficiados por él subrayan, a veces, no sin duplicidad y malicia. Como idealismo cultural desdeña la crítica reduccionista a sus estrictos y funcionales términos, a algo y a algunos. Dígase, sin embargo, que en el caso del modernismo literario latinoamericano ese verdadero “volapuk” de influencias y modalidades que involucró, surge no sólo de una debilidad de la convicción sobre el ejercicio de la literatura como develación de la realidad humana-social sino de una conciencia sustancialmente positiva, que obró en las minorías letradas, sobre la variedad, la riqueza y la capacidad de sustitución del mundo representacional de la cultura en conjunto y de la especial de algunas sociedades. Ello, sobre todo, en contraste con la alta especificidad, uniformidad, pobreza, angostura del medio y los medios en que se estaba enclavado. Si de aquí se genera esa sensación de asfixia a que se hará referencia, y ese impulso al desplazamiento que a casi todos los modernistas afectó, tal reflejo conductal tradujo una más objetiva percepción de la ascendente vigencia de una “weltliteratur” que Goethe había pronosticado tres cuartos de siglo antes y de una común coyuntura universal en la condición del hombre (J. Herrera y Reissig, *Prosas*, 1910, p. 27; P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*, pp. 369-370). (Que esta percepción pasara sobre los diversificantes de clase, continentes, niveles de desarrollo económico, etc., no le priva estrictamente de su verdad, pues fue desde ella y no antes de ella que tales desigualdades y tales especificaciones comenzaron a advertirse). Por otra parte, si el cuadro de tensiones era éste, no ha sido por ánimo de paradoja destacar que la autenticidad del impulso dominante en el sector intelectual era el del desarraigo personal y temático y que toda otra postura hubiera sido mendaz y postiza, o que muchos trazos estilísticos del modernismo venían de larga tradición autóctona. (Sobre el primer aspecto: R. Lida, prólogo a *Cuentos*, edic. Mejía Sánchez, p. LVIII, Darío, “alejandrino”, alma de frontera que opta por vivir en vanas culturas distintas; Ibáñez: “Americanismo y modernismo”, en *Cuadernos Americanos*; sobre el segundo: Mariátegui; *Análisis del pensamiento literario contemporáneo*, Amauta, Lima, p. 128, sobre el impresionismo de Gómez Carrillo como

“rasgo más peculiar de la América española o mestiza”). También Mariátegui, al reproche de V. García Calderón a González Prada de “ser el menos peruano” de su promoción, después de preguntarse de si él obedece a ser “el menos español”, “el menos colonial” afirmaba: “Este parnasiano, este helenista, marmóreo, pagano, es histórica y espiritualmente mucho más peruano, que todos, absolutamente todos los rapsodistas de la literatura española anteriores y posteriores a él...” (*Siete ensayos*, cit., p. 189). La condición marginal de la cultura latinoamericana había hecho incluso tradicional esta paradoja, pero aquí no terminan las exenciones. Si, en puridad, ni nacionalismo temático y exotismo se incomodaban entre sí (Darío: *Autobiografía*, Buenos Aires, Ed. “El Quijote”, 1947, págs. 140-141, P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*, págs. 67-68), también se ha aseverado, por quienes vivieron la experiencia, que fue a través de una visión original e indudablemente alienada que los latinoamericanos aprendieron a percibir su propia realidad. Alfonso Reyes llamó “independencia involuntaria” a este proceso de “anclar” en Francia al querer emanciparse nuestros escritores de España y “a través” de aquella descubrir “el propio Nuevo Mundo”. También Pedro Emilio Coll sostendría que “nuestros ojos han aprendido a ver mejor y nuestro intelecto a recoger las sensaciones fugaces. Son las literaturas extranjeras algo como un viaje ideal, que nos enseñan a distinguir lo que hay de peculiar en las cosas que nos rodean y entre las que hemos crecido”. Hernández Arregui destacó igualmente que la potencialidad renovadora del lenguaje y la “proclividad ornamental” que el modernismo tuvo promovió la “exaltación del paisaje vernáculo” (*Imperialismo y cultura*, cit. págs. 71-72), en un comparatismo tácito y fertilizador que haría hablar a Julio Herrera de “nuestro cielo de Niza” y de las “barbas israelitas” de los sauces (*Selección Más y Pi*, p. 258). Años después sostenía Mariátegui, ya en otra instancia ideológica y literaria (*Análisis...* cit., p. 127), que “a las generaciones postbélicas, Europa les sirve ahora para descubrir y entender América (...) El cosmopolitismo — que puede parecer a algunos un rasgo común de una y otra época literaria — nos conduce al autoctonismo”.

Cierro este recuento — y ya al margen de la argucia — señalando que incluso la complacencia en lo ceremonial, lo opulento, lo decorativo, si bien supone a “prima facie”, y con fuerza abrumadora, la proclividad rastacuera por sociedades básicamente desiguales, jerárquicas, prácticamente inmóviles, deslumbradas en sus sectores bajos por el esplendor carismático más que advenedizo, también puede ser — no digo más — suscitadora de activos reclamos y demandas sociales amenazadoras por parte de aquellos sectores sumidos secularmente en la oscuridad y la parvedad. Al fin y al cabo el “efecto de demostración” que despierta a las sociedades atrasadas no es otra cosa que la masificación del impacto de aquel exhibicionismo con vista a la demanda de mercado.

(14). Cual más, cual menos, casi todos los modernistas miraron en algún momento de su formación con simpatía tibia o firme las corrientes de protesta y reivindicación social, de inspiración socialista-marxista o anarquista que iban tomando cuerpo en las ciudades latinoamericanas. Ya un premodernista, como Díaz Mirón, exaltó la “Santa poesía que a los parias anuncia un nuevo día” (*Poesías completas*, Porrúa, 1941, p. 277), “A un jornalero” y a “Los parias” (ídem, 104, 224). Julián del Casal dijo de su preferencia — algo ambigua — por “querer oír a la humana muchedumbre gimiendo en su perpetua servidumbre” (“En el campo”) y otro premodernista, González Prada, articuló en forma mucho más cabal casi todos los temas de la denuncia y la crítica social que tras él tan larga carrera harían. En una pieza de ironía, José Asunción Silva atribuyó al “hambre”, no al “mal del siglo”, el desajuste de los más (*Prosas y versos*, cit.,

p. 155). Al pleno modernismo pertenece el poema “Anarkos” de un tan notorio oligarca colombiano como lo fue Guillermo Valencia, con cierta simpatía por la revolución y la lucha obrera y Chocano se enorgullecería, años más tarde, de haber fundado en sus tiempos juveniles una cooperativa de producción periodística (*Memorias*, cit. 113). En el *Darío* juvenil, además de en “El Fardo”, hay numerosos pasajes de simpatía y compasión por los humillados y ofendidos y en Chile, y en la poesía de Carlos Pezoa Veliz, sobre todo en sus dos conjuntos “Vida de Puerto” y “Alma Chilena”, la denuncia de los males sociales es algo más que un simple episodio. En el Río de la Plata, entre 1890 y 1910 los simpatizantes del anarquismo y el socialismo fueron numerosos entre los poetas y prosistas de la nueva camada: los uruguayos Florencio Sánchez, Ernesto Herrera, Edmundo Montagne, Ángel Falco, Alvaro Armando Vasseur; los argentinos Roberto Payró, Manuel Ugarte, Alberto Ghirardo, Alberto Gerchunoff, etc. Si no todos se filiaron en el modernismo, sí lo hace Leopoldo Lugones, que en la tremante actividad periodística de los primeros años de Buenos Aires, en determinados pasajes de *Las Montañas de Oro* — como “Santa Miseria” —, y aun en 1910 en que concibe un Buenos Aires “Sin Iglesia, ni Espada, ni Ley” (Edic. Aguilar, 470), hizo gala de convicciones revolucionarias, más estentóreas por cierto que firmes. Dardo Cúneo, que ha dedicado un libro a esta etapa y a aquéllas y otras (Gálvez, Ingenieros, Rojas) figuras disidentes, ha llamado al movimiento “romanticismo político” (Buenos Aires, Ediciones Transición, 1955), viendo en él una postura de rechazo al dominio oligárquico y a la dependencia económica que expresaba por esas vías la asfixia que en su tierra experimentaba.

(15). Fue en el 98 que tomó fuerza el hispanismo, unido en forma prácticamente indescindible con el mito de “la Raza”. El “Canto a España”, de Herrera y Reissig — todavía cabalmente romántico — es tal vez expresión de cierta opinión media cuando contrapone “el honor y la fiereza” con “el egoísmo” y “el brillo sin honores del dinero que ostentan avaros mercaderes”. Más tarde todo esto abundó, sobre todo en las obras de Darío y de Chocano. Más articulada la exposición de Díaz Rodríguez en *Sermones líricos* (Caracas, 1918, págs. 131-149).

(16). Conocidas son las aserciones de Darío en los poemas mayores de *Cantos de Vida...* y el famoso pasaje del *Ariel*. Pero hay también en los textos de Darío subtemas curiosos, como el referente al linchamiento de negros o al ex-amigo que se relacionaba únicamente con “dependientes rubios” de “casas extranjeras” como señal de “status” (*Cuentos*, págs. 96, 148-149). “Tierra de Porcópolis”, “metalizada” tendrá incluso ocasión de agregar en una novela a su larga lista de dicterios Rufino Blanco Fombona (*El hombre de oro*, Madrid, Editorial América, págs. 95, 165). En verdad, pocos se salieron de un carril verbal de rechazo al “universal yanquizarse” movido por la sed de oro y a invocar al “divino desinterés”, como lo hacía Díaz Rodríguez en su elogiado *Camino de Perfección* (Caracas-Buenos Aires, 1942).

(17). Con todo lo vagoroso y perfunctorio que tenía la efusión latinoamericana hay que marcar, por ejemplo, lo concreto de la experiencia de Chocano, en su función de negociador internacional, sobre la vanidad e imbecilidad de las disputas por tierras y límites entre naciones semivacías, cuyas castitas gobernantes de ocasión creían de esta manera jugar a las pugnas serias de la “Realpolitik”.

(18). Así lo destacó Pedro Henríquez Ureña en *Corrientes literarias en la América Hispánica*, Biblioteca Americana, p. 180, llamándole “palabra muy socorrida en aquella época”. La proclividad aristocratizante se muestra en ocasiones y objetos de modo

proteico, desde el seudónimo “El Conde de Camours” que usaba del Casal hasta “el arrabal obscuro” del “Canto a Lamartine” de Herrera y Reissig (Edic. Aguilar, p. 156) y la “aristocracia de las estufas” de que hablaba Darío (*Cuentos*, cit., p. 193). La “élite”, con “voluntad de pura belleza” (Darío, “Dilucidaciones”, prólogo a *El Canto Errante*), rechazaba en nombre del “espíritu de selección del poeta” toda promiscuidad, aun con los compañeros de lucha encerrados en una mazmorra, según lo hacía el incluso menos preciosista Chocano (*Memorias*, cit., p. 102). “Fino”, “elegante”, “aristocrático” fungían invariablemente como sinónimos en gentes que parecen haber tenido una noción bastante convencional y remota de lo que la “aristocracia” puede comportar. Una proyección social inequívoca de esta preferencia se ve en Silva, imaginando a “los rudos campesinos”, de “cuerpos deformados” que se arrodillarán ante su amada Helena, “Ella”, como “ante un ángel” (*Prosas...* cit. p. 120-121).

(19). Chocano es posiblemente quien mejor expresa la querencia de “hombres nuevos” e idóneos en política (*Memorias*, cit., p. 239) contra los “ropavejeros” de la gestión pública (ídem, p. 313) como alternativa civil y progresista (también oligárquica, si se atiende a quienes premiaba como tales) contra la “plutocracia” y el “militarismo” (ídem, págs. 36-37).

(20). Chocano: *Memorias*, cit., págs. 10-11, 223, 224-226 (sobre Estrada Cabrera), ídem 126 (sobre su adhesión a Billinghurst, un caudillo popular peruano frustrado por la oligarquía y el estamento militar); ídem, 75.

(21). Vgr, el juicio de Chocano sobre Buneau-Varilla (*Memorias*, 248) o la germanofilia heroico-wagneriana más tardía de María Eugenia Vaz Ferreira (V. Luis E. Azaróla Gil, *Ayer*, *Memorias*, p. 108).

(22). Algunos —y esto no alcanza a ser disculpa— creyeron que el tirano nacional defendía del explotador extranjero —en verdad era su aliado— y tuvieron en especial una mirada entusiasta y hasta infantil hacia los logros que, en términos de integración física, edificios y materiales, y en materia de institutos de educación, algunas dictaduras alcanzaron. La predilección por las “dictaduras organizadoras”, pacificadoras e integradoras, sin la menor preocupación del para qué y para quién de estos éxitos, se articuló mayormente en obras contemporáneas —algunas levemente posteriores— pero ajenas al área modernista (*El cesarismo democrático*, de Vallenilla Lanz o *Cirugía política*, de Enrique Pérez). Incluso, el *Idearium tropical*, de Chocano (Lima, 1922) es posterior a su etapa estrictamente modernista.

(23). Es un parámetro fundamental en la definición del pensamiento político social modernista la corriente de crítica, revisión o deliberado desprestigio del universalismo democrático-liberal-burgués, de sus correlatos sociales y culturales (positivismo, laicismo, ciencismo, optimismo, igualitarismo, realismo) y de sus valores de sostén. (Razón, Progreso, Libertad, Ciencia, Democracia, etc.). Desde América, pero sobre todo desde París y bajo la influencia de lo que se ha llamado *The Reactionary Revolution*, parece obvio que la experiencia de las farisaicas y convencionales democracias oligárquicas o cesáreas latinoamericanas aumentó su receptividad a ellas en grado mucho más intenso de lo que lo hizo sobre intelectuales pertenecientes a otras áreas de la tierra. En esta línea tendría alto interés estudiar a fondo y cronologizar, temática y tendencialmente, la extensa labor divulgatoria de novedades ideológicas cumplida, desde las vías del libro y del periódico, por Francisco García Calderón, desde la primera hasta virtualmente la quinta década de nuestro siglo. Verdadero caleidoscopio

de la vida intelectual europea, divulgó desde el socialismo, el sindicalismo, el nacionalismo y el irracionalismo de la “Belle Epoque”, hasta la boga latina del fascismo y sus precursores, el historicismo de Dilthey, el neomedievalismo de Berdiaeff, etc., hasta llegar él mismo —debe presumirse— a un auténtico amorfismo ideológico a fuerza de estar tan abierto, puntualmente, a toda novedad.

(24). *Autobiografía*, cit., p. 48. Chocano encomió “la belleza constante del gesto de Piérola” (*Memorias*, cit., 109).

(25). En “Retorno” (*Oda a Mitre y otros poemas*, 1906).

(26). En este caso, como en tantos otros, podían preguntarse que si el éxito se lograba mediante la mimetización en valores y comportamientos con el adversario, con la fuerza amenazadora, qué precio tendría ese éxito. La idea de la imitación en fragmentos de *La Epopeya del Pacífico*, de Chocano.

(27). Lo que lleva a pensar si tan poco tiempo antes había puesto más fe en “latinoamericanizar”. Ciertamente es así que en “A Roosevelt” Darío intuyó soberbiamente ciertos factores de identidad latinoamericanos, sobre todo en su alusión a ilustres vetas premodernas y no occidentales (“el alfabeto pánico”, “las huellas de los pies de gran Baco”, el vivir de “luz, de fuego, de perfume, de amor”). Sin embargo, parece algo más que idea de ocasión la petición de la “Salutación al Águila” (1906) pidiendo que ésta nos traiga en su pico “los secretos de las labores del Norte y que los hijos nuestros dejen de ser los retores latinos/ y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter”.

Interesante es señalar todavía que tal latitud es advertible también en quienes más persistente y doctrinariamente hicieron de la acción antiimperialista un aspecto decisivo y aun central de su labor. Puede creerse que fue Manuel Ugarte quien más plenamente corresponde a esta definición. Y Ugarte creía que “La América Latina (...) tiene todo que aprender de los Estados Unidos y necesita la ayuda y técnica de ese gran pueblo” (*El porvenir de América Latina*, Valencia, 1910, págs. 22-23). También sostenía querer y admirar y hallar múltiples aspectos imitables en los Estados Unidos, distinguiendo entre la honradez de su pueblo y “la injusticia que se comete en su nombre” por “políticos expeditivos y ambiciosos”. Cuando concebía la adviniente sociedad cuya resistencia organizaba sostenía que “De Europa poco tenemos que temer, porque (...) las influencias de los países que han prestado hombres y capitales se equilibran y funden en un cosmopolitismo que acabará por formar el alma de la región” (idem, p. 77).

(28). Por su orden: Carlos Reyles: *La muerte del cisne* (1910); Darío: *Cuentos*, págs. 70-74; *Odas Seculares*, de Lugones. *Canto a la Argentina*, de Darío, “A Roosevelt”, de Darío; Chocano, *Memorias sobre Bunau-Varilla*, cuyo “genio parece en parte vaciado en los moldes de Nietzsche” (p. 248). En todo esto debe tenerse el trasfondo de vitalismo y animismo aunados que es (vgr. “El coloquio de los centauros”) y no el idealismo ontológico o gnoseológico, la verdadera filosofía del modernismo.

(29). Darío: *Cuentos*, p. 316; Lugones: *Obras poéticas completas* (Aguilar), págs. 435-446.

(30). Conocidos son los variados roles que desempeñaron en diferentes países Darío, Martí, Chocano, etc.

(31). Contra “lo criollo”, visto por lo general despectivamente, sobre todo en sus módulos político-sociales (Payró, Blanco Fombona, Sánchez, etc.), esta concepción de Latinoamérica como un molde a llenar se advierte, por ejemplo, en un pasaje de Chocano (*Memorias*, p. 212), cuando elogia a Costa Rica porque en ella “el confort, el buen vivir yanqui” no desplazó el “espíritu europeizante”.

(32). En el curso entre las tan inverificables “leyenda negra” y “leyenda rosada” del trascendentalismo antieconómico, la previsión humanitaria y el predominio de la efusión misionera, todos los premodernistas y modernistas idealizaron a España y al pasado español (Martí, incluso, que tenía sus motivos para sacar conclusiones de vivencias más directas que las de los otros). Es difícil saber hasta qué punto Darío, Chocano, Larreta, Díaz Rodríguez, Herrera y Reissig, Rodó y tantos más eran conscientes de que con su postura validaban las peores tradiciones de brutalidad, fanatismo, codicia, odio y estúpida arrogancia, a las que parecieron ver como “hidalgas”, “románticas”, “poéticas” e “ideales”. Hasta qué punto también esto representó postergar el urgente encomio latinoamericano del trabajo, la modestia creadora, el espíritu crítico y la racionalidad y otros trazos de conducta que (en concurrencia con otras venturas) pudieron hacer de España y los países latinoamericanos otra cosa que peones de la historia de los otros.

(33). Vgr. entre muchísimos casos posibles: Blanco Fombona: *El hombre de oro*, págs. 192-193; Darío, que habla en Prefacio a *Cantos de vida...* de “mediocridad, mulatería intelectual” y ve a los negros “tan feos”, “pobres simios” (*Cuentos*, p. 202).

(34). Aunque sea casi lugar común en la sociología del conocimiento no resulta empíricamente intachable la incoercible tendencia a la mistificación por parte de las fuerzas que se cegarían a la comprensión de la historia pues el curso de ésta habría decretado su perecimiento. No faltaron grupos socialmente decadentes que vieron con lucidez un futuro que los excluía (algunos casos entre pensadores de origen nobiliario son relevantes entre 1790 y 1830, especialmente). Por otra parte, además de tenerse que suponer un curso ineluctable de la historia, lo que es por lo menos argüible, también, de existir ese curso, el engranarse positivamente en él (y hay también de ello bastantes ejemplos) no representaría garantía automática de realismo y perspicacia.

(35). J. A. Silva: *Prosas y versos* cit., págs. 149-151 y dígase que aun en los textos de conmiseración obrerista o miserabilista se perciben a veces las notas mezcladas de la simpatía y el espanto.

(36). Por ej.: “Cantos de esperanza” en *Cantos de vida y esperanza*, “Santa Elena de Montenegro” en *Poema del otoño*, etc.

(37). “A Francia” (1893) en *El canto errante*.

(38). Casi todos los modernistas parecen haber rechazado ese antecedente probable que representó en esa línea ideológica la tradición jacobina (Darío: “ese monstruoso... estruendo que se llama Marsellesa”, (*Cuentos*, p. 198); de “la Marsellesa” a “la Carmañola” (“A Colón”, 1892) en *El canto errante*; Julio Herrera habla en su *Canto a Lamartine* de la “infame guillotina” y de un proceso que entonaba un “himno a la razón y otro a la muerte” (*Poesías completas*, Aguilar, p. 156) filiándose claramente a través del mismo personaje-tema en la tradición girondina. Sobre el anarquismo y su acción: “el

trágico odio del iluso”, en *Canto a la Argentina*; “Agencia”, en *El canto errante*. Los términos citados son de “Letanías de nuestro señor Don Quijote” y de “Salutación del optimista”, ambos de *Cantos de vida y esperanza*. No sería exagerado llamar premonición fascista su interrogación sobre “¿Quién dirá que las savias dormidas/no despierten (...) en el tronco del roble gigante/bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana” (“Salutación del optimista”). Otro pasaje romanizante de Darío en *Cuentos*, edic. Mejía Sánchez, págs. 173-274.

(39). Darío: “primavera apolínea” en *Cuentos*, p. 300; “Los camellos”, de Valencia, en su undécima y duodécima estrofa.

(40). De la primera acritud “la cachaza del poeta” con la que el narrador de “El Fardo” de Darío se decide a “filosofar” el doloroso episodio (*Cuentos*, p. 34); de la segunda el consejo de Díaz Mirón a “Un jornalero” (*Poesías completas*, p. 224) de colocar “el tiesto con la planta que florece” o el proyecto de Gómez Carrillo de convertir al obrero en artista (*El modernismo*, p. 137). No sé que se haya advertido la misma ambigüedad de posición del Lugones más revolucionario con la estridente introducción a *Las montañas de Oro* no sólo por lo poco que tiene que ver ese “fortissimo” de titanismo y tremendismo progresista con el resto de la obra, sino por el implícito equívoco de su manifestación final: “Y decidí ponerme de parte de los astros”. Tras 1915 se vería cuáles eran los astros bajo los cuales Lugones se puso. Otra percepción: la de la lejanía entre el tema y la peripecia personal concreta es la que se desprende de otro famoso poema social del período: el “Anarkos” de Valencia. Pero mucho más directa es la postura conservadora y cancelatoria de todo gesto de cambio social en el argumento “ad hominen” con que Darío remata irónicamente su página “¿Por qué?” (1892), *Cuentos...* cit., págs. 174-175. Permanecía, con todo, en algunos, una suerte de mala conciencia por las miserias y carencias cuya realidad escamoteaba una literatura abocada al despliegue de los aspectos más luminosos y exaltantes de la realidad, según lo prueba un revelador pasaje de Díaz Rodríguez en *Sermones líricos* (págs. 187-189) en que, tras insistir en la belleza de los bucares en flor de un cafetal, dice: “Todo, como en la literatura. Casi, casi como en la literatura. Sólo que, a la sombra de los bucares que van por la literatura extendiendo su rojo dosel florido, no hay nada, o punto menos que nada, mientras que, debajo y a la vera de estos otros bucares, hay algo, si no mucho: está el rancho en cuyo estrecho recinto se extingue, pudriéndose en promiscuidad paradisíaca, una familia alcohólica; se alzan las paredes en ruinas, a las que se acogieron, después de la súbita muerte del peón, cinco huérfanos y una viuda, es decir, más de seis hambres...”, etc. Considerada, empero, la actitud modernista como un todo, es evidente que su comportamiento social se modeló bajo el impacto de los profetas del pesimismo y del escepticismo históricos, político-sociales, del siglo XIX, de Tocqueville a Bourget y Brunetière, de Nietzsche a Burckhardt. Ese pesimismo y ese escepticismo incidían muy especialmente sobre las creencias democráticas y revertían en posiciones de relativismo y preocupación (v. por ej. el “Ashavero” de Darío, *Cuentos*, págs. 213-218). Todo esto explica que, pese a las extravagancias del anarquismo estético (Blanco Fombona, *Diario de mi vida*, Madrid, 1929, p. 224; Roberto de las Carreras), o ético-social (Fernando Santiván: *Memorias de un tolstoiano*), de confusiones que hacían a grupos obreros de Chile recibir a Chocano como un “poeta socialista” (*Memorias*, p. 295), el modernismo militante haya rehusado concebir cualquier otra forma de modernización económico-social que aquella de tipo burgués que inicial y convencionalmente rechazaba. Digamos que otra, aun borrosamente socialista, debió parecerles gobernada potencialmente por los mismos principios rechazados, en especial respecto al arte y a los artistas. Si a potencialidades y opciones

más o menos hipotéticas se hace referencia, vale la pena marcar por fin que en ciertos modernistas algo laterales, caso de Blanco Fombona, se plantearía, antes o después, la prospectiva de las situaciones postrevolucionarias (*Camino de imperfección*, págs. 367-368). La división de la revolución triunfante en burócratas conservadores y ultrarrevolucionarios era lo sustancial de su predicción, dentro de un juicio despectivo común sobre el capitalismo y el marxismo como ideologías y fuerzas “faltas de vida espiritual”, de “grandes ideas”.

(41). Fue la condición de Bello, de Sarmiento, de Lastarria, de Montalvo, de Mitre, incluso de Martí entre los más eminentes. En Henríquez Ureña: *Corrientes*, cit., p. 239, lista de los escritores que fueron presidentes.

(42). Estas condiciones de creación de las generaciones premodernistas fueron en realidad bastante advertidas por las promociones que las sucedieron. Herrera y Reissig, por ejemplo, hacía referencia a ellas cuando ponderaba el valor de la generación patricia letrada (los Ramírez, su tío Julio, etc.). *Epílogo wagneriano a “La política de fusión”*, Montevideo, Claudio García s.a., págs. 64-65.

(43). Con su famoso don de síntesis decía Pedro Henríquez Ureña que “la transformación social y la división del trabajo disolvieron el lazo tradicional entre nuestra vida pública y nuestra literatura” (*Las corrientes literarias...* cit., p. 176) aunque es claro que, como toda síntesis, el aserto no precisa cuál era ese vínculo específico y las modalidades de su rompimiento. En cuanto al sentido de la obligación periodística y de la especialización no conozco testimonios de que se le haya juzgado como el verdadero progreso que era, desde el diletantismo y la multiplicidad patricia: todos pudieron haber confesado, de llegar vivos hasta entonces, lo que confesó Rufino Blanco Fombona en 1933: “el haber incurrido en el delito feo, de lesa majestad artística, a que nos constriñe nuestra época; escribir en los periódicos” (*Camino de imperfección*, p. 380). La convicción gidiana de que “son los límites los que fortifican” parece haber sido extraña a los modernistas, si bien el afirmar su eventual verdad no quiera decir que a escala individual la habitual dispersión, discontinuidad e inconexión de la labor periodística no pueda ser y haber sido frustrante a las posibilidades de algunos, abocables a obras más ambiciosas y orgánicas. Luis Alberto Sánchez destacó tal adversidad planeando, a partir de 1912, en la tarea de Francisco García Calderón (*Con motivo de su muerte*, en 1953, Suplemento de *El Día*, de Montevideo).

(44). Observaciones de Díaz Rodríguez en *Sermones líricos*, op. cit. p. 236 sobre lo negativo de la falta de “ocio con pasar” al escritor.

(45). Rama ha marcado agudamente la postura dual, de atracción y desdén hacia el público, que fue común a los modernistas (*Op. cit.* págs. 22-28). Esquivándolo se aúnan en Darío, en las páginas iniciales de *El canto errante*, las dos perspectivas deseables del señorío y la protección del mecenazgo. Evoca a Roosevelt que “corona de rosas a los poetas”, a “príncipes, políticos, millonarios, poderosos de la tierra que les manifiestan una plausible deferencia”; también a la esperanza de que la hermandad de poetas “aún pudiera renovar algún treceñazgo”. Vale la pena marcar que esta pretensión por una clientela dadivosa, corta e ilustre, podía verse en el ejemplo más ostentoso de la plástica-pictórica, escultórica, sin demanda entre esos “reyes burgueses que viven podridos en sus millones” (Darío, *Cuentos*, edic. cit. p. 109). Sintetizando: se podría decir que a la nueva conciencia de integrar un grupo social de especificidad más marcada que la que antes tenía —esto es: una “intelligentsia” incipiente y a la vez

disfuncional a los intereses dominantes de la sociedad — a veces, incluso, sin querer serlo, se tradujo en malestar. Pero en malestar también, la percepción de estarse haciendo un hueco, esos poetas y escritores, no por su actividad céntrica misma, sino por criterios adscriptivos: el favor, la protección de un gobernante que imponía funciones variadas: el periodismo oficial, la diplomacia, los negocios, la alta burocracia, las gestiones especiales, etc., casi nunca favorables — incluso la diplomacia, como se verá — al trabajo literario. Sintetizando también, no parece aventurado suponer que lo aspirado por los más connotados modernistas no fue el trascender su nueva condición hacia una plena función crítica y creadora dentro de una pluralidad de élites sociales y masas fluidas y receptivas, capaces de retribuir en términos materiales y de prestigio e influencia — esto es: la recreación del viejo vínculo literatura-política, del liderazgo y docencia sobre otras dimensiones. No eso, entonces, sino, por lo menos para la mayoría, una especie de reverencia espiritual que le serían debidas como una “élite de la fineza” en una sociedad mucho más jerárquica y estática que la que supone la otra alternativa.

(46). J. L. Romero *op. cit.* p. 290 habla de “exquisitez” más que de “disconformismo” en el rechazo de las nuevas jerarquías del dinero.

(47). Destaco, por ejemplo, que el Camilo Iruetia, de *El hombre de oro* de Blanco Fombona, si como símbolo del proceso de reificación se ve, no es ni mucho menos un empresario capitalista o un “burgués nacional” a la moderna.

(48). Es de marcar, por ejemplo, la admiración a Caro por parte de Chocano y Silva, a Rafael Núñez, benefactor del último y de Darío (*Autobiografía cit.* págs. 87, 104, 109). Cuando murió Núñez, el cargo que ocupaba Darío fue automáticamente suprimido, o poco menos. Mitre fue admirado sonoramente por Darío, Lugones y Chocano (aunque atacado por Blanco Fombona en nombre de la centenaria querella sanmartiniana-bolivariana. *El espejo de tres faces*, p. 152) y todo el lote grupal de “Los próceres” objeto del tributo de Lugones en *Odas seculares*. Sería interesante de indagar la proyección subconsciente de la nueva generación en el rol de los intelectuales fundadores (un Bello, un Mora, un Sarmiento) según se marcaría — por ejemplo en el caso de Darío y de Lugones — en la reiteración del tema del escultor y su obra, el símbolo más idóneo, sin duda, entre todas las artes, para tal proceso.

(49). Ese rechazo a lo “fenicio” es bastante anterior a los modernistas, por lo menos en el Río de la Plata, una región sometida típicamente al proceso de dependencia y modernización. Algunos como Silva, aplastado por el peso de las “deudas sagradas” de sus proveedores externos, conocieron algo más que ambientalmente la dureza del trato capitalista que se consolidaba.

(50). Llamándole “burguesía” a los sectores de cúspides que gobernaron Latinoamérica desde la Independencia hasta la hora populista — por lo menos — identificamos y homogeneizamos una cantidad de estratos sedales con pautas de conducta y valores muy diferentes. La burguesía de Lucio Vicente López en *La Gran aldea* tiene mucho parecido con la de Blest Gana, pero muy poco con la de nuevos ricos de *La Bolsa* de Martel; si se construye un “tipo” con algunos rasgos de cada núcleo éste es clamorosamente irreal, tan “construido” desde lejos como el “Rey burgués” de Darío: “utilitario” y lector de “críticas hermosillescas”.

(51). Testimonios en Silva, *Prosas y versos...* págs. 12-13, Manuel Ugarte; *Escritores iberoamericanos del 900*, Santiago, Ercilla, págs. 8-9, quien afirma que no se evadía el escritor “por amor a lo exótico” sino “del medio en que se ahogaba”; otros recuerdos de Ugarte en Dardo Cúneo: *El romanticismo*, cit. p. 95. Las variantes de esta postura radical de disidencia son muchas y no excluyentes: a la del escape imaginativo tipo del Casal y del uruguayo Paul Minelly o la del desafío anarco-dandysta más insolente le siguieron una muy genérica de adaptación y conformismo que cruelmente recuenta Darío en “Primavera apolínea” (*Cuentos...* cit. págs. 297-300, 1912) o la vuelta al “solar” o a “las raíces” o la dureza del trabajo del campo o la aceptación de una existencia en derelicción y total exposición, tema existencial romántico (muy articulado vgr. en Mármol) que retorna tan tardíamente como en 1927 en Porfirio Barba Jacob (García Prada: *Poetas modernistas*, cit. págs. 310, 336). La adaptación y aun la domesticación fue, empero, la postura general en cuanto se manifestaba en las funciones de segundón, burócrata, consejero, escriba, agente y más habitualmente funcionario diplomático de gobernantes de toda laya moral y significación político-ideológica. Así se ha recordado más de una vez el apoyo y aprobación del déspota guatemalteco Estrada Cabrera por Chocano —al que casi le cuesta la vida—, Gómez Carrillo y Darío, que le dedicó una trabajosa “Palas Athenea” (está en “Baladas y Canciones”). Su sucesor Jorge Ubico, contó con el entusiasmo de Santiago Arguello, que vio sus obras editadas en tirada oficial. Se ha recordado igualmente la transacción, el halago y el servicio al larguísimo y abominable gobierno de Juan Vicente Gómez de casi todos los modernistas y novecentistas venezolanos, con la excepción indeclinable de Rufino Blanco Fombona. (Contra Estrada Cabrera militaron a su vez Rafael Arévalo Martínez, Tulio Cestero y el colombiano Vargas Vila). Se ha recordado también con especial desprecio los encomios a Victoriano Huerta de un Díaz Mirón envejecido en desplantes matoniles, etc., etc. La *Autobiografía* de Darío, aun en un plano de vigencia muy específicamente centroamericano, es espejo de este comportamiento prácticamente irresponsable del poeta, como cortesano, consejero o periodista alquilón, instantáneamente integrado a la escasísima clase dirigente culta como favorito, protegido, segundón y parásito. De aquí, desde aquí, se ganaba el “exilio dorado” de la diplomacia, de la que Díaz Rodríguez afirma que tuvo mala influencia sobre la literatura modernista (*Sermones líricos*, p. 240) y que no siempre, dada la insolvencia frecuente y la irresponsabilidad administrativa de muchos miniestados de aquellos tiempos, podía significar —como el caso de Darío lo documenta— el fin de los apuros económicos del escritor.

(52). Los modernistas —y esto lo visualiza escasamente la corriente de incriminación— se movieron en ese verdadero bache o hiato que se abrió entre el eticismo religioso o “espiritual” romántico y nuevas motivaciones de ética social que dieron marcas tan altas como Mariátegui. Por otra parte, el pragmatismo, el decadentismo, el biologismo, el materialismo ético ofrecían coartadas para cualquier tipo de conducta con mucho mayor fuerza que antes y aun que posteriormente. En verdad, llama la atención en sus vidas el aire general de lo que con matices de precisión diferentes podría llamarse gratuidad, hedonismo, diletantismo, frivolidad, disponibilidad, indiferentismo, esteticismo... traducible, según es obvio, en la escasa seriedad, peso existencial, univocidad e irrevocabilidad que después integraron la noción compuesta de “compromiso”. Hubo excepciones, sí, como Rodó, que sin embargo en su hartazgo del Uruguay también concibió una vida de desarraigo feliz. Pero mucho más comunes eran posturas como las que registró la *Autobiografía* de Darío cuando recuerda con irrestañable humor las primeras definiciones de la adolescencia —habitualmente tan graves— o cuando amortigua todo juicio moral en la frase “las inquinas eran excesivas” o cuando sólo considera —aun no haciéndolo— “romántico, poco práctico”

no traicionar y abandonar a un protector vencido (op. cit., p. 66). No cabe allí, me parece, identificar un recurso de ironía. De Díaz Mirón, marginal al grupo, recordé su último agachamiento, nada menos que huertista; mucho más duradero y responsable fue su porfirismo, después de haber sido uno de los grandes objetores parlamentarios de Díaz. Chocano, al tiempo de narrar sus múltiples avatares subrayaba que a él la vida política sólo le había interesado como “sport”, no para participar en el Poder Público (*Memorias*, págs. 13-17), y menos para sujetarse a ninguna disciplina (*Memoria*, 115, 10). En 1920, tras la caída de Estrada Cabrera, tuvo que ser salvado del fusilamiento por una apresurada conscripción de relumbrones; tras ello se pasa inmediatamente a Pancho Villa y comparte —hay que suponer que no por motivos ideológicos— las turbulencias “non sanctas” del caudillo. Del otro lado del Atlántico algunas vidas ofrecen fantásticos ejemplos de la disección. Sobre Gómez Carrillo, un caso cimero, vale la pena repasar el juicio que su personalidad mereció a José Carlos Mariátegui en ocasión de su muerte (*Análisis del pensamiento literario... cit.*, p. 127). Pero Gómez Carrillo mismo había teorizado sobre la fuerza y la positividad del diletantismo (*El modernismo... cit.*, págs. 31-32.). Pero aun figuras de mejor madera ética, caso de Blanco Fombona, serían alguna vez elogiadas por pertenecer a la estirpe de los que “desenvuelven su vida sin grandes escrúpulos mentales, en formas vigorosas y libres” (Pedro Emilio Coll: *El castillo de Elsinor*, cit., p. 188).

(53). Si la incriminación posterior ha juzgado casi todas estas actitudes como falencias de un supuesto idealismo inicial —y hay razones, recién referidas, para sostenerlo— también las hay para sospechar que, especialmente a plano de inconsciencia ideológica y de conducta concreta de grupos (A. Hauser: *Introducción a la historia del arte*, Madrid, Guadarrama, págs. 51-53), obraran latencias y posibilidades que, primero en forma independiente y luego en dialéctica de implicación recíproca, contribuyen a explicar llanamente —sin las claves de la “traición” y la “dimisión”— el conservatismo y el conformismo modernista tantas veces denostado. Tal esclarecimiento ocurriría cuando muchos modernistas se reintegraron plenamente a sus grupos de origen —muchos no salieron de ellos— o, lo que es más común, subieron a la clase superior a través del matrimonio, la función diplomática o la participación en el poder local. En este proceso, cierto es que las dictaduras y el probable rol de poeta áulico representaron un factor distorsionante, estando tan en juego como estaba el caro valor de la libertad, incluso: el miedo a la domesticidad. Mayor peso, no obstante, sospecho que tuvo la índole ambigua de las dictaduras mismas y sus conexiones y dependencias posibles con la clase alta, o con la media (nunca con la baja) o, tercero o sumado a los otros, a un tipo de gobierno sustentado con los intereses de un séquito de arribistas y actuando fuera toda norma o precedente (un tipo de gobierno para el que cabían los términos de “prebendismo” y “sultanismo”).

(54). No fueron “legitimación cognitiva de las pautas de orientación valorativa” (Parsons).

(55). Esa debilidad de elementos cognitivos tendería incluso a quitarle su carácter de ideología a una posición doctrinal de la que nos hemos ocupado más de una vez; la última en el prólogo al *Ariel* de Rodó en la edición de la Biblioteca Ayacucho.

(56). Esto es: con el condicionamiento o circunscripción “burguesa” o “clasista” de todas sus metas, su índole mimética, su visualización del proceso latinoamericano como una reiteración del proceso de las naciones “avanzadas” y el énfasis en un incremento de todos los índices (en modo alguno un desarrollo reestructurador, bien

que no estuvieran acuñadas las diferencias) como vía de acceder a la plena “civilización”. Agréguese todavía el concebir a América Latina como una suerte de recipiente a planificar con aportes culturales y demográficos diversos y cuya síntesis significaría la nueva peculiaridad u originalidad comunes. En los trámites políticos hacia el cumplimiento del proyecto una doble gran resistencia, en especial al militarismo visto prespenglerianamente como cruza de “socialismo” y “burocracia” (García Calderón) y a la democracia misma, sospechada o desprestigiada en base a argumentos que poco tenían que ver con la realidad latinoamericana y demasiado con la argumentación clásica de la reacción europea (incompetencia, imposición de la vulgaridad mayoritaria contra las “excelencias”, etc.). Creo que haya sido el argentino Ramos, aun hablando de “novecentistas”, el único que haya fijado para el lote que nos interesa una precisa filiación ideológica en lo que él llama el “proyecto nacional-liberal” (*Revolución y contra...* cit., págs. 300-301), lo que implica más o menos decir: ufanismo o triunfalismo patriótico, perfeccionamiento de una economía dependiente e integración y secularización religiosa, educativa y territorial de la masa pobladora nacional y sus agregados. Puede presumirse que tendría que ser a través de los “americanistas” y en especial de Rodó, García Calderón, Blanco Fombona y Arguedas que habría que reconstruir el proyecto ideológico que la generación, por las razones que anoto, no llegó a proponer literalmente a Latinoamérica y que probablemente no hubiera divergido demasiado del de los positivistas y científicos de la generación anterior. Esto se advierte incluso cuando se aprecia algún borrador posible de aquél, como el que delineara Blanco Fombona en algún momento de su actuación en Venezuela (*Diario de mi vida*, págs. 79-84) y que recomendaba, dentro de grandes contornos de rechazo del burocratismo y la plutocracia, de fe en las élites para la “creación de ideales”, de “sentimiento de raza”, algunas políticas más concretas de inmigración (blanquismo contra mestizaje), de protección al indio, de educación (especialización, practicismo, antiabogadismo), de industrialización y promoción de la clase media, de recurso a especialistas, técnicos y financistas extranjeros. Todo culminaba con pragmáticas más bien contradictorias de “espíritu de latinidad” contra los Estados Unidos y de “americanismo contra las codicias de Europa”, de lazos con Europa, de resistencia y a la vez estudio e imitación de los Estados Unidos, etc., etc.

(57). Si como “estilo” (muy discutiblemente) lo consideráramos, habría que marcar su contraste con la ostensible función idéntica, legitimadora, que tuvieron en Latinoamérica el barroco, el neoclasicismo ilustrado, el romanticismo y aun el realismo positivista. Por otra parte, esta fuerza histórica, que pudo requerir una ideología mucho más legitimante y específica, debería haberse aproximado en características a una oligarquía modernizadora y activadora del tipo de la japonesa, ello siempre que hubieran sido superables las discontinuidades estructurales, la condición de dependencia y la alienación ideológica. En este cuadro, sí, hubiera podido resolverse el contradictorio afán de oponerse e imitar (v. n. 26).

(58). No es difícil demostrar que, por lo menos a determinado nivel de idoneidad y creatividad, antiyankismo e idealismo eran incompatibles (fue una de las críticas de la derecha antiarielista inicialmente articulada por Riva Agüero) o que rebelión-simbólica o real y juvenilismo eran poco compatibles con elitismo aristocratizante y con los habituales desdenes a la democracia (aunque esta contradicción buscaba salvarse en la costura anarco-aristocrática que peculiarizó a tantos modernistas) o que rebelión y renovación e hispanismo no iban forzosamente de la mano, ni mucho menos que el rechazo del “aluvión inmigratorio” y el de los prestigios culturales tradicionales eran en último término contradictorios, etc.

(59). De esa incoherencia hay ejemplos variados hasta nuestro tiempo y peculiariza especialmente a algunos extremismos de derecha y su frecuente conmixti3n de elementos anticapitalistas y antimarxistas, nacionalistas y libreempresitas, antimperialista y antisemitas. Esa incoherencia tendr3a su 3ndice cuando todos esos ingredientes (siempre que sean profesados a determinado plano de autenticidad: est3 la alternativa del “tartufismo” en la profesi3n de algunos) resulten no tanto “formalmente” contradictorios o incompatibles entre s3 – es dif3cil que ello ocurra dada la enorme multivocidad y latitud del lenguaje, los valores y los lemas pol3ticos – no tanto por eso, digo, sino por su incapacidad de apoyar, vertebrar, concretarse en comportamientos y preferencias viables y estables de alg3n grupo social medianamente amplio (e incluso de enfrentar las preferencias y comportamientos de otro u otros). Tambi3n ser3a un signo de esa incoherencia el aparecer encapsulados y marginados respecto a las opciones ideol3gicas habituales y dominantes e incluso necesitar, para su compaginaci3n, de un refuerzo sustancial de ese esoterismo hist3rico capaz de asociar en las sombras las fuerzas m3s visiblemente antag3nicas a la luz del d3a.

(60). En estas modalidades de lo que llamo “manierismo doctrinal”, su an3lisis habr3a de tener en cuenta toda la red de mediaciones que va desde el nivel personal – enclave social original, formaci3n, necesidades de sobrevivencia, longitud misma de la carrera literaria – al nivel local – caracter3sticas y tradiciones del “cuadro nacional”, grado de desarrollo y diversificaci3n social – al nivel profesional – relativo desarraigo social del intelectual – al nivel latinoamericano global y sus trazos ideol3gicos – variedad de direcciones del “novecentismo”, tradici3n latinoamericana del “sincretismo” ideol3gico y estil3stico, extensi3n y variedad del repertorio representacional disponible, relativa falta de contrastaci3n entre la realidad y las opciones doctrinales en grado de apreciar su funcionalidad o su disfuncionalidad, etc. – . En todo este punto, esas sub-ideolog3as personales parecen haber estado a medio camino entre aquellas grandes ideolog3as abiertas, generadas en Europa y luego universalizadas, y las posteriores “ideolog3as totales” de profesi3n y exigencias ilimitadas. Interesante como ejemplo resulta el texto de Julio Herrera y Reissig *Ep3logo wagneriano a “La pol3tica de fusi3n”*, un verdadero planteo general del pa3s uruguayo en el que se a3unan un firme acento cientista, realista, racionalista y positivista con un abierto desd3n por el “statu quo” cultural y sus notas de asfixiante localismo, rutina y vanidad provincial. Su rechazo de las pasiones pol3ticas tradicionales y del tradicionalismo en general, sus trazos anti-inmigratorios y antidemocr3ticos, aunque a la vez antimperialistas y universalistas, llegan a confluir en una compleja actitud de negaci3n de la 3lite doctoral de la que 3l mismo sal3a y cuya incapacidad creadora reprueba, si bien con alta ecuanimidad hacia algunas figuras (Berro) y aun con admiraci3n desmedida hacia otra (D. C3ndido Juanic3).

(61). En verdad, las suscitaciones ideol3gicas de estos grupos fueron estrictamente for3neas, sobre todo hispano-francesas (mucho m3s d3bilmente italianas y alemanas), tanto en su vertiente primera laico-maurrasiana como en la posterior dominante hisp3nica, ortodoxa, tradicional. Vale la pena contrastar, adem3s, que a la postura de Lugones, muy mal retribuido por el golpe de banqueros y terratenientes, se opusieron la conducta opositora – tibia – de Larreta y la m3s franca de Ricardo Rojas. En el norte, los Vallenilla Lanz, padre e hijo, te3ricos del gomecismo y del perezjimenismo, nada tienen de modernistas, como no sea la coetaneidad al n3cleo del primero. Otros, en la misma relaci3n, militaron en una especie de democristianismo de derecha, como el

peruano Víctor Andrés Belaúnde, famoso por sus choques con Gromyko en la O.N.U. y que propuso el corporativismo como sustitutivo del “cesarismo burocrático” vigente en su país (*La crisis presente: 1914 1939*, Lima, 1940).

(62). Creo que para la ponderación de cualquiera de estas funciones debe plantearse el tema de las reales, efectivas incidencia e influencia de los grupos modernistas. Pienso, en síntesis, que no existía en las sociedades latinoamericanas ni el grado de movilización ni el nivel de tensiones que exigieran —y posibilitaran al mismo tiempo— la función legitimadora de una ideología conservadora bien perfilada y adecuada al medio. Es decir: que existiera un vacío de consenso que sí hubiera podido tratar de amortizar o cancelar abierta y deliberadamente determinados ingredientes, vgr., racistas o elitistas, suspensos en la postura modernista. Por otra parte, el nivel ideatorio de las doctrinas del “statu quo” no incluía básicamente ninguna explicación solvente de la condición especial latinoamericana, pues ésta se dio recién articulada después de 1930. El modernismo y sus afines “americanistas” realizaron algún aporte, pero éste no fue mucho más allá que el debate entre la “infancia” y la “enfermedad” como clave explicativa de los males comunes o el recurso a los determinantes psico-sociales, raciales y geográficos. La colaboración modernista, en general, sólo adornó, cuando más, ciertas “situaciones” políticas interiores, sin gran convicción personal por parte de los que la prestaban ni tal vez gran credulidad por parte de los que la percibían. No creo, por ejemplo, a falta de prueba en contrario, que muchos se sintieran tentados a valorar la dictadura de Juan Vicente Gómez por el brillo de sus agentes diplomáticos. En las naciones del tipo de las latinoamericanas del 900 es necesario usar mucha cautela al apreciar la influencia de la intelectualidad autóctona puesto que los más efectivos prestigios culturales son foráneos, irradian desde focos exteriores al área. Esto dicho, creo sin embargo que la aportación de modernistas y americanistas tuvo influencia en algunos aspectos y en especial en una apreciación más ecuánime y, diríase, “sociológica” de las monocracias tradicionales del continente (vgr. la discriminación de Blanco Fombona entre Gómez, Rosas, García Moreno, Francia, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz e incluso, Leguía (*Motivos y Letras de España*, págs. 14-15, *El espejo de tres faces*, cit., etc.).

(63). Sobre este punto, en especial: Alain Touraine: *La société post-industrielle*. París, Dénœl, 1969.

(64). Este carácter relativamente extremista y romántico juvenil que hemos señalado en el arielismo no se marca sólo en él e involucra en puridad al modernismo *in totum* en sus expresiones más literales, según lo dan las carreras relativamente extensas de Darío, Chocano y Lugones y la prueba suspensa que importan los breves cursos de vida de Silva, del Casal, Herrera y Reissig, etc. Este aire de definición juvenil e inauténtica, pegadiza, mercurial, básicamente prologal al encuentro del auténtico quicio personal, marca por ejemplo el rápido tránsito de Lugones desde el gesto revolucionario y tremendista de la labor periodística y poética de 1897 al tono despegado y discursivo del diálogo sobre las huelgas entre Quijote y Hamlet en *Lunario sentimental* (1906) y desde el énfasis celebratorio de *Odas seculares* (1910), e incluso las recurrencias a definiciones pasadas: el Buenos Aires ideal de las *Odas* “sin Iglesia, ni Espada, ni Ley”. El caso Lugones autoriza a señalar cómo lo que se da por una posición definitoria no es otra cosa que un desajuste juvenil que se extrema, al impulso de la magnificación poética, hasta engañosos acentos mesiánicos y apocalípticos — erostratismo en sustancia — sujeto muchas veces a renacer en otra dirección al azar de una influencia o lectura decisiva (la de Nietzsche en el caso de Lugones). Si señalo el

carácter juvenil y tantas veces epitelial de las definiciones modernistas, insisto también en que el modernismo no fue una marca de tonsura imborrable sobre escritores que pronto lo abandonaron y que toda interpretación que prorrogue hasta la madurez la definición modernista llevará a resultados básicamente falaces.